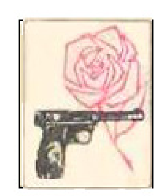


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Una espía para la eternidad

Mr. Cavanagh solicita la visita urgente de Brigitte en su vivienda particular, un chalé en las afueras de Washington. Enseguida comprende que esta urgencia expresa algo muy especial, de modo que coge su maletín lleno de trucos y acude a la llamada… Ni en mil años que viviera habría podido imaginar Brigitte lo especial del asunto. Experimenta un impacto emocional terrible, y tiene que superarlo mientras la muerte asedia a ella y a los suyos. Por fortuna, la agente Baby está siempre preparada para afrontar cualquier contingencia.



Lou Carrigan

Una espía para la eternidad

Brigitte en acción - 500

ePub r1.0
Titivillus 21-02-2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Regresa el ayer

Míster Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, detuvo su coche frente al chalé que era su domicilio privado desde hacía tantos años. Se hallaba ubicado en una zona residencial no demasiado lejos de Washington, y también a escasa distancia de la Central de la CIA en Langley.

Cansado y cada día más decepcionado de los entresijos del espionaje mundial, Cavanagh estaba deseando encontrarse en su casa, donde vivía en sedante soledad. Pondría música, tomaría un aperitivo, y se prepararía algo apetitoso para cenar. Un plan perfecto. O al menos, en absoluto siniestro, como eran los que diariamente tenía que tramar para mover a sus agentes por todo el mundo sirviendo las maquinaciones de la CIA.

Por puro instinto, Cavanagh miró con desconfianza el coche estacionado a unos cuarenta metros de su chalé, en la solitaria, silenciosa y elegante avenida. Le pareció distinguir a dos personas en la parte delantera, y frunció el ceño. Pero enseguida se dijo a sí mismo que la jornada de trabajo había terminado, y que, afortunadamente, en el mundo existían personas normales, pacíficas y hasta simpáticas que nada tenían que ver con el espionaje ni con los espías.

Apretó el botón de su mando a distancia, y la puerta del garaje se abrió. Entró con el coche, cerró la puerta del garaje por el mismo procedimiento, y se apeó. Utilizando la puerta interior del garaje pasó al vestíbulo de la casa. Eran casi las siete de la tarde de un hermoso día primaveral, y al entrar al salón vio en el ventanal que daba al jardín de la parte de atrás el resplandor del sol.

Ajá, todo iba bien.

Todo perfecto.

El timbre de la puerta del chalé sonó cuando terminaba de quitarse la chaqueta.

Dudó un instante, se la volvió a poner, y fue de nuevo al vestíbulo. Se colocó ante la puerta y echó un vistazo por la mirilla.

Vio a dos jóvenes. Un hombre y una mujer. Sus rostros se veían levemente deformados por la acción de la mirilla, pero en cualquier caso, pensó que no los conocía. No tenía por qué recibir a nadie. Estaba cansado, aburrido, y, por sistema, era desconfiado.

Le pareció absurda e incluso pueril su actitud, y, simplemente, abrió.

Inmediatamente, nada más ver los rostros de la joven pareja experimentó un tremendo, casi doloroso vacío en el estómago y lo más parecido a una explosión en pleno corazón. Estaba viendo dos rostros desconocidos y, al mismo tiempo, de súbito, tuvo la certeza de que estaba viendo un rostro harto conocido y amado. Tal vez fuese una ilusión, un delirio, una obsesión, uno de los muchos efectos que podía producir el exceso de trabajo.

Los dos jóvenes, que le miraban con suma atención, sonrieron levemente, con cortesía y no poca expectación. La sonrisa de ambos casi llevó a míster Cavanagh al infarto. Era idéntica en ambos, y de nuevo le trajo a la imaginación la otra sonrisa, la sonrisa de la persona amada.

—Perdone, señor —inquirió el joven, en perfecto inglés—: ¿es usted míster Cavanagh?

—Sí.

—Nosotros somos Héctor y Bridget Diosdado. Hemos venido de Argentina expresamente para hablar con usted, si no tiene inconveniente.

Míster Cavanagh estaba lívido. Se había quedado sin voz, sin resuello, casi se podría decir que sin respiración. Todo lo que pudo hacer, su única reacción, fue apartarse, cediendo el paso a ambos hermosos jóvenes.

El premio de la vida

A las ocho de la mañana, cuando Brigitte Montfort terminaba de ducharse, sonó el teléfono en el cuarto de baño. Normalmente, la periodista-espía no habría hecho caso, pues sabía que Peggy, su ama de llaves, atendería la llamada desde la cocina, donde debía de hallarse preparando el desayuno de ambas. Pero, aunque no sabía el momento en que había de producirse, estaba esperando una llamada de Número Uno para informarla de cuándo podría reunirse

con ella, de modo que, tras cerrar el grifo de la ducha, descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Brigitte, soy yo —sonó la voz de míster Cavanagh—. Le agradecería que viniera a visitarme esta misma mañana.

—Bueno, señor, estoy esperando una llamada de Uno, y no quisiera estar ausente cuando se produzca. ¿Puede usted esperar a que él me haya llamado?

—No. Es urgente. Pídale a Pitzer que le proporcione un helicóptero y que le faciliten un automóvil en el lugar de aterrizaje, cerca de la zona residencial donde vivo, para terminar el viaje hasta mi casa.

—O sea, que no tengo que ir a la Central.

—No. A mi casa directamente. Y cuanto antes mejor.

—Bien. Espero estar ahí en un par de horas.

—Gracias. Hasta luego.

Cavanagh colgó. Brigitte hizo lo mismo, lentamente. Luego terminó de ducharse, se secó, se puso un albornoz, y pasó al dormitorio. Del armario, eligió ropa para aquella mañana, y luego puso sobre la cama el maletín rojo con florecillas azules estampadas que contenía sus trucos de espía, desde la pequeña radio a la pistola de cachas de madreperla, desde gas narcótico altamente sofisticado, a gas letal no menos sofisticado, desde varios pasaportes falsos a simple y vulgar dinero…

Sabía que algo inquietante estaba ocurriendo.

Lo sabía con absoluta seguridad. Hacía muchos años que ella y Cavanagh se conocían, desde aquella ocasión en que ella le salvara la vida a él en Buenos Aires, cumpliendo aquella misión sencilla, pues hacía muy poco que la señorita Montfort se dedicaba al espionaje…

Conocía muy bien a Cavanagh, y sabía que algo especial estaba ocurriendo. Algo que requería mucha discreción y tacto, algo que excluía por completo la intervención de alguien que no fuese ella y sólo ella.

De modo que iría preparada para afrontar cualquier contingencia.

* * *

Detuvo el coche frente al chalé de Cavanagh, y lo miró especulativamente. Todo parecía normal, por supuesto. Todo era quietud en la zona residencial. No había circulación. Un poco atrás, en una esquina, había visto una camioneta de reparaciones telefónicas, estacionada. Ahora, frente a ella y a menos de cincuenta metros de la casa de Cavanagh, vio un automóvil estacionado, dentro del cual no parecía que hubiera nadie.

Eran casi las diez y media de una espléndida, soleada mañana.

Se apeó del coche llevando el maletín en la mano izquierda. Cerró el vehículo y se dirigió hacia la casa por el sendero de grandes losas con césped entremedio.

En alguna parte piaban unos pajarillos.

La puerta de la casa se abrió antes de que Brigitte hubiera llegado al porche, y apareció Cavanagh en el umbral. Brigitte distinguió enseguida en el rostro del viejo amigo que no había peligro alguno, que no era un problema como los que Baby solía afrontar.

Pero había un problema. Un gran problema que tenía muy tenso e incluso angustiado a míster Cavanagh.

—Aquí me tiene —llegó Brigitte al porche; besó en ambas mejillas a su jefe en la CIA y luego le miró los ojos—. ¿Qué ocurre?

—Venga —susurró Cavanagh.

Ella entró. Él cerró la puerta. Se dirigieron los dos hacia la sala, situada a la izquierda del vestíbulo. Brigitte fue la primera en entrar.

Frente a la puerta, de pie, fijando en ella su mirada expectante e incluso ansiosa, Brigitte vio a los dos jóvenes.

Inmediatamente, la espía más peligrosa del mundo tuvo la sensación de que se le iban a doblar las piernas. Tuvo la sensación de que su corazón explotaba, y se sintió pálida, al borde del desvanecimiento. Su mano derecha subió hasta su pecho. Sus labios temblaron antes de poder emitir unas palabras que fueron más bien un gemido:

—Oh, Dios mío…

Cavanagh le quitó el maletín de la mano, y la tomó de un brazo, con intenciones de acompañarla hasta uno de los sillones, pero Brigitte permaneció de pie en el mismo sitio, como clavada al suelo, pasando su azul mirada de uno a otro joven. Eran tan hermosos que

sobrecogían.

Él medía más de metro ochenta, era atlético, de facciones levemente exóticas, cabellos negros y ondulados, y risueños ojos azules. Azules como el cielo. Ella medía no menos de metro setenta y cinco, era elegante, esbelta, bellísima, sonriente y de mirada maliciosa, como divertida. Una mirada que hacía resplandecer sus ojos de color azul cielo. Sus cabellos eran negros y ondulados. Tenía en el centro de la barbilla un encantador hoyuelo vertical.

Mirando a aquella espléndida muchacha, Brigitte Montfort tuvo la sensación de estar contemplándose a sí misma en el espejo, pero años atrás.

Casi le sucedía lo mismo mirando al joven de facciones más recias y pómulos eslavos…, como los de la propia Brigitte.

—Tal vez debimos advertírtelo antes por teléfono —dijo el joven.

La joven se acercó, y tomó una mano de Brigitte.

—No sería propio de la agente Baby desmayarse —dijo—. Serénate, mamá.

Igual que en las más peligrosas situaciones de su vida, Brigitte Montfort se encontró, de pronto, provista de una súbita y lúcida serenidad. Pero su rostro estaba blanco como la nieve. Y de repente, su mirada se desvió hacia Cavanagh, que estaba no menos pálido que ella.

—Usted me mintió —tembló la voz de Brigitte—… ¡Por el amor de Dios, USTED me mintió A MÍ! ¡Y ha estado todos estos años sosteniendo aquella cruel mentira! ¡Todos estos años ha estado conviviendo conmigo y sosteniendo aquella mentira! ¡Es usted un… un… un malnacido!

Cavanagh inclinó la cabeza. Jamás antes en tantos años de relación con la espía había escuchado de sus labios una sola palabra malsonante, un insulto, una vulgaridad. Pero comprendía que en esta ocasión la exquisita señorita Montfort le insultara. Era lo menos que se merecía…, aunque supiera que tenía una excusa. Ella la aceptaría o no, pero él tenía una excusa que presentar.

Y la presentó:

—Lo hice por su bien…, y por el bien de todos —susurró.

—¿Por mi bien? —Exclamó Brigitte—. ¡Me dijo que mis hijos habían muerto, y dice que lo hizo POR MI BIEN!

—Y por el bien de todos —insistió Cavanagh.

Brigitte estuvo todavía unos segundos mirándolo como si pretendiera abrasarlo con el fuego que salía de sus azules ojos. De pronto cerró los ojos, aspiró hondo, los abrió de nuevo, y miró a los dos espléndidos jóvenes.

—Entonces —murmuró—, tengo que interpretar que tampoco murió vuestro padre.

—En el accidente del que estás hablando, no —dijo el joven—. Pero sí ha fallecido, hace una semana, en la finca.

—En la finca —Brigitte volvió a aspirar hondo—. ¿Qué finca?

—En la que tenía en la Pampa a nombre de otra persona. Ahora se están llevando a cabo los trámites para que todo se legalice a nuestro nombre, al de mi hermana y mío. No te ofrecemos nada porque desde hace un tiempo, desde que él nos dijo la verdad, hemos sabido que eres una mujer muy rica. Hasta hace poco creíamos que nuestra madre había muerto al poco de nacer nosotros.

—Y yo creía que mis hijos habían muerto en aquel… «accidente». Dios mío, tengo dos hijos, hace más de veinte años que tengo dos hijos, y he estado viviendo sin saberlo, he estado viviendo engañada por quienes decían amarme… ¡Tengo dos hijos, y ni siquiera sé cómo se llaman!

—Yo me llamo Bridget —dijo la joven, abrazando a Brigitte—, y él se llama Héctor. En cuanto a ti, no hace falta que nos digas nada, pues desde que supimos que vivías, y quién eras, hemos estado al corriente de tu vida.

—Incluso —sonrió Héctor— somos admiradores tuyos.

Brigitte iba mirando de uno a otra. Eran tan hermosos ambos, tenían la mirada tan azul y tan limpia, había en sus facciones tanta belleza y nobleza, que parecían fruto de un sueño más que dos personas de la vida real.

De pronto, sencillamente, Brigitte Montfort rompió a llorar.

* * *

El súbito llanto de la señorita Montfort desconcertó aún más a los tres sujetos que estaban a la escucha con los sofisticados aparatos instalados dentro de un amplio vehículo con cristaleras a ambos

lados, como las ventanas de una *roulotte* o caravana. Unos cristales especiales, que impedían que alguien pudiera verlos a ellos desde fuera del vehículo, pero que a ellos no les impedía ver el exterior.

Se hallaban a menos de doscientos metros del chalé de míster Cavanagh, pero colocados tras otro chalé ubicado en una esquina de las parcelaciones, de tal modo que la camioneta no podía ser vista desde el chalé de Cavanagh.

Claro que esto tenía el inconveniente de que tampoco ellos podían ver la casa del hombre de la CIA, pero en principio era más que suficiente tenerla sometida a la escucha electrónica. Y, por otra parte, si querían ver directamente la casa de Cavanagh sólo tenían que poner el motor en marcha, adelantar la camioneta una docena de metros para asomar por la esquina, y mirar a través de los cristales especiales.

Ningún problema serio. Hubo un cambio de miradas entre los tres, hasta que uno de ellos masculló:

—Esto se está poniendo interesante. No sólo sabemos desde anoche que la famosísima y solterísima Brigitte Montfort tiene dos hijos gemelos, sino que, salvo que hayamos entendido mal, ella es la agente Baby.

—Me parece que no deberíamos sorprendernos demasiado. Todo encaja, si tenemos en cuenta que estamos controlando al jefe del Grupo de Acción de la CIA.

—Será mejor que vaya a avisar a Ottobermayer. Que venga aquí, que escuche todo este lío, y que tome las decisiones que crea convenientes. Seguid escuchando y grabando.

* * *

—¿Te sientes mejor? —inquirió Bridget, sonriente.

Sentada en el centro del sofá, con un joven a cada lado y reteniendo una mano de cada uno, Brigitte miró una vez más de uno a otro, mientras Cavanagh no dejaba de observarlos a los tres.

—Estoy perfectamente —aseguró Brigitte—. Siempre he sabido controlar mis emociones… bastante bien. No suelo llorar como una tonta.

—Llorar no es de tontos, mamá —protestó Bridget—: es de personas normales y con sentimientos.

—Supongo que sí —la mirada de la espía buscó a Cavanagh—… Nunca le perdonaré esto.

—Nosotros también nos enfadamos mucho con papá cuando nos dijo que no era cierto que nuestra madre hubiera muerto hacía mucho tiempo, sino que estaba viva —dijo Bridget—. Pero no tuvimos más remedio que perdonarle.

—¿Por qué?

—Mamá, ¡qué pregunta! —Rio la joven réplica de Brigitte Montfort—. ¡Le perdonamos porque le queríamos!

—Y porque cuando nos explicó por qué urdieron aquella mentira, y los resultados que ha dado, nos convenció de que sus razonamientos y sus intenciones fueron nobles y generosos. Y lo mismo puede decirse de míster Cavanagh.

—¿Sí? —Brigitte miró un instante con graciosa hostilidad a Cavanagh—. ¿Cuáles son esos razonamientos y esas intenciones?

—Papá y míster Cavanagh eran muy jóvenes entonces, pero ambos comprendieron, después de conocerte bien, que aquella joven enviada por la CIA para colaborar en aquel asunto de Buenos Aires tenía un destino de mucha mayor amplitud y dedicación a la humanidad que dar de mamar a dos bebés. Por otro lado, papá era pobre entonces, y pensó que no tenía derecho a incluirte en su vida de intelectual pobre. Esto aparte, que él se hubiera venido a Estados Unidos como marido o compañero suramericano de una mujer de tu calidad y con tu futuro, no habría sido bueno ni para él ni para ti. Pero sobre todo —Héctor miró a Cavanagh—, míster Cavanagh le dijo a papá que tu destino era tan grande que anularlo era perjudicar a la humanidad entera.

—Y yo tuve razón —gruñó Cavanagh, de pronto—. ¿O va a negarme que ha resuelto terribles problemas y conflictos muchos de los cuales habrían costado la vida a millones de personas e incluso podrían haber desencadenado la tercera guerra mundial? Si usted se hubiera dedicado a ser madre, si no hubiera intervenido en las cosas en las que ha intervenido, si Baby no hubiera estado todos estos años jugándose la vida por la humanidad, quizá la humanidad no existiría ahora.

—¡No diga barbaridades! —exclamó Brigitte.

—Quizá sean exageraciones, pero no son barbaridades —se mostró firme Cavanagh—. Usted sabe mejor que nadie las cosas

terribles que hubieran podido pasar si la agente Baby no las hubiera evitado.

—Sí —murmuró Brigitte—, eso es cierto, pero… pero… ¡Oh, por Dios, yo habría podido ser igualmente la agente Baby aunque hubiera tenido dos hijos que…!

—Eso es un disparate. En primer lugar, una mujer con dos hijos se dedica más a ellos que a la humanidad en general. En segundo lugar, aunque usted hubiera hecho lo mismo, habría sido mucho más vulnerable, no sólo en el caso de que alguno de sus enemigos hubiera descubierto que tenía dos hijos, sino por usted misma: si Baby hubiera tenido dos hijos esperándola en casa nunca habría hecho las cosas que ha hecho. No por falta de valor, que ése lo habría tenido de todos modos, sino porque sabiendo que sus hijos la estaban esperando en casa, su comportamiento, sus decisiones, sus intervenciones en tantos y tantos casos, habrían sido diferentes. ¡Y no me diga que no, porque usted no es un robot, sino una PERSONA!

—Me parece que míster Cavanagh tiene razón —rio Bridget—… ¡Mamá, tienes que contarnos muchísimas cosas! Papá se comunicaba de cuando en cuando con míster Cavanagh, y le pedía noticias tuyas, de modo que cuando nos dijo que estabas viva y quién eras nos explicó algunas cosas de ti, como periodista y como espía… ¡Pero queremos saberlo todo!

—¿Cuánto tiempo hace que sabéis la verdad? —inquirió Brigitte.

—Más de dos años.

—¡Más de dos años! —Casi gritó la divina—. ¡Dos años sabiendo que vuestra madre estaba viva y sin acercaros a ella!

—Papá nos lo hizo prometer —dijo Héctor—. Nos dijo la verdad, pero antes nos obligó a prometer que lo que iba a revelarnos no sería utilizado por nosotros hasta que él muriera.

—¡Pues si hubiera vivido cien años…!

—No, mamá —dijo dulcemente Bridget—. Papá sabía que estaba muy enfermo, tanto que de ninguna manera pensaba vivir todavía dos años más. Y no quería que tú le vieras enfermo. Por eso, cuando vino a verte la última vez…

—¿Qué? —Palideció de nuevo Brigitte.

—Estuvo varias veces en Nueva York para verte de lejos —explicó Héctor—. Y esa última vez, nosotros le acompañamos. Te

vimos desde dentro de un coche. Durante un par de días, mientras yo conducía el coche siguiéndote por Nueva York, Bridget cuidaba que papá estuviera lo mejor posible en el asiento de atrás. Cuando él decidió que regresáramos ya a Argentina, dijo «ya no la veré más, pero no importa, porque la he estado viendo con el corazón todos los instantes de mi vida desde que la conocí».

Brigitte Montfort sintió como un zarpazo en las entrañas. Notó la afluencia de las lágrimas en sus ojos, y cerró los párpados. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, reflejando la luz del sol; luz que se filtró a través de los párpados como un resplandor cegador en el que la señorita Montfort se sintió envuelta, como sumergida, como arrastrada hacia lejanos recuerdos que ya, incluso en su privilegiada memoria, comenzaban a ser un poco confusos…

Buenos Aires

—De manera que usted es la chica yanqui capaz de arreglar tantas cosas —dijo él, sonriendo.

—¿Y usted quién es? —inquirió ella.

—Soy Héctor Diosdado. Pero no busque en su memoria, pues estoy seguro de que jamás ha oído hablar de mí. Soy sólo un patriota argentino que, en este caso, considera que la intervención de la CIA puede evitar males mayores. Pero se lo advierto, jovencita: no me gusta la CIA.

—A mí tampoco —sonrió la joven señorita Montfort, recién llegada a Buenos Aires.

—No me diga.

—Es usted un estúpido.

Héctor sonrió, tomó entre sus grandes y bellas manos de artista el rostro de Brigitte Montfort, lo acercó, y besó sus tiernos labios sonrosados. Ella no se movió, no reaccionó, no se resistió. Le dejó hacer…, pero se estremeció cuando la caricia se hizo más profunda y más íntima. De repente, Héctor dejó de besarla, y la miró a los ojos, mientras recitaba suavemente:

—En el fondo de tus ojos color cielo palpita la vida y la alegría; quiera Dios que muy pronto, algún día, se conviertan en mi dicha y mi consuelo.

—Eso sí me ha gustado —sonrió Brigitte Montfort.

—¿El beso no?

—También.

—¿De veras? —Se pasmó Héctor.

—¿Por qué habría de negarlo? No soy ninguna estúpida, señor Diosdado.

—Pero yo sí lo soy.

—Me parece que no —frunció graciosamente el ceño la recién llegada norteamericana—. Un hombre que besa como usted y que recita versos tan bonitos no puede ser estúpido.

—Menos mal. Y ya que estamos sincerándonos le diré que usted tampoco me parece a mí una cretina engreída con mostachos.

—¿Qué?

—Cuando me dijeron que tenía que reunirme en esta vieja casa con una agente de la CIA que iba a colaborar con Cavanagh, no me gustó nada. Imagínese: estamos detrás de un grupo de locos criminales que están tramando nada menos que organizar una revuelta militar en Argentina, y para ayudar al residente jefe de la CIA en Buenos Aires envían a una mujer… ¿Qué podía pensar yo sino que era un marimacho bigotudo y con más bíceps y más mala leche que un gorila viudo?

Brigitte Montfort soltó una carcajada.

En ese momento, entró Cavanagh en la sala donde pocos minutos antes había reunido a los dos recién llegados a la casita porteña en la que se había organizado el cuartel general de la CIA para aquella misión concreta.

—Ah —sonrió el joven y apuesto Cavanagh—, celebro que hagan ustedes tan buenas migas.

—En absoluto —rechazó la joven Montfort—. Este presuntuoso y yo jamás nos entenderemos.

—¿Quién es presuntuoso? —Se pasmó Cavanagh—. ¿Diosdado?

—¿No lo es? —se interesó Brigitte.

—¡Claro que no!

—Pues mejor para él. ¿Qué tenemos que hacer?

—Bueno, un poco de calma, ante todo —Cavanagh la miró amablemente mientras encendía un cigarrillo—… Tendremos que esperar un par de días, quizá tres, para hacer un contacto. Si consigo ese contacto, es posible que evitemos muchos enfrentamientos, muchas complicaciones, y mucho derramamiento de sangre.

—Entonces, no hay duda de que debemos esperar. ¿Cuál será mi trabajo?

—Pues… a decir verdad, tal como se han puesto las cosas, ya no será tan… relevante como parecía que iba a ser. En principio, la idea era introducirla en una mansión de Mar del Plata como empleada en los servicios de habitaciones, pero si se produce ese contacto voy a lograr más información de la que habría logrado usted…, y con mucho menos riesgo.

—Eso nunca se sabe.

—Ya. —Cavanagh la miró especulativamente—… Ya, ya. Estoy informado de que la eficacia de usted alcanza prácticamente el ciento por ciento, pero considero estúpido arriesgarse cuando no hay necesidad.

—Estamos de acuerdo. ¿Quién hay en esa mansión?

—Unos personajes que son los que aportan el dinero para esa revuelta militar. La idea era saber qué pretenden exactamente y qué militares de alta graduación han aceptado tomar parte en la revuelta, y para eso queríamos introducirla a usted en la mansión. Pero otro militar, que no piensa formar parte de esa revuelta, me ha… sugerido la posibilidad de un buen entendimiento presente y futuro entre la CIA y el actual Gobierno argentino si nosotros, la CIA, les resolvemos este asunto sin problemas, sin escándalo, sin que el pueblo ni el Ejército en general llegue a enterarse de la inminencia de una posible revuelta, pues eso podría desencadenar toda una serie de reacciones y acontecimientos muy peligrosos.

—Lo comprendo perfectamente. De acuerdo, esperaremos el tiempo que sea necesario por si usted consigue ese contacto. Pero mientras tanto, quizá sería buena idea ir a Mar del Plata a echar un vistazo a esa mansión y sus ocupantes.

—No veo la necesidad de complicarse la vida —titubeó Cavanagh.

—Ella tiene razón —intervino Héctor—. Si su contacto fallara, ya estaríamos preparados para controlar esa mansión y a sus ocupantes, aunque finalmente tuviera que ser a las malas. Y me permito recordarle que cuando yo le busqué para hacerle la primera propuesta, ésa era la condición fundamental: que los ocupantes de esa mansión nunca volvieran a estar en condiciones de intentar nada parecido.

—O sea, usted quiere decir liquidarlos —le miró con curiosidad Brigitte.

—Si eso es lo que hay que hacer con quienes pretenden organizar una masacre, sí, eso es lo que quiero decir exactamente, jovencita. No quiero más sufrimientos para mi Argentina.

Brigitte Montfort se quedó mirando especulativamente a Héctor. Éste era alto, de complexión fina pero atlética. Era un hombre fuerte pero no llamativo por lo robusto. Su boca de labios firmes y su frente muy despejada sí eran llamativas. Y sobre todo, sus ojos oscuros, de mirada directa y abierta, expresiva de una inteligencia clara y serena.

—Pero vamos a ver —murmuró la espía norteamericana—: ¿usted qué es y qué pinta exactamente en esto?

—Soy quien soy, y si usted quiere ir a Mar del Plata a examinar esa mansión, cuente conmigo. La espero afuera. Si no ha salido dentro de cinco minutos, esto es una despedida hasta que Cavanagh vuelva a reunirnos. ¿Está claro?

Sin más, Héctor abandonó la salita y la casa. Brigitte miró entre enojada y divertida a Cavanagh.

—Bueno, ¿«qué» es el señor Diosdado, si puedo saberlo?

—Es un intelectual disconforme con el comportamiento del ser humano.

—Caray.

—En realidad, es abogado. Pero en cuanto conoció bien las Leyes dijo que eran un asco, y que el ser humano humilla al ser humano con la falacia y la parcialidad de las Leyes y de muchas otras maneras. De modo que dejó de ejercer.

—¿Y a qué se dedica ahora?

—Piensa, pinta y escribe.

—Piensa, pinta y escribe —repitió Brigitte—. ¿Y en qué piensa, qué pinta y qué escribe?

—Pregúnteselo a él, camino de Mar del Plata. Porque se me está ocurriendo que, realmente, no vamos a perder nada por el hecho de que usted se dé una vuelta por allí. Nunca se sabe qué puede pasar.

Buenos Aires

El timbrazo del teléfono arrancó a Brigitte Montfort bruscamente de la profundidad de sus recuerdos. Parpadeó, regresó a la realidad

presente, y vio a Cavanagh acercándose al teléfono situado sobre una repisa. El teléfono volvía a sonar en aquel momento. Héctor y Bridget la estaban mirando con fijeza en la que había sonrisa y tristeza, admiración y confusión.

Por supuesto, todos allí comprendían que la situación no era en absoluto sencilla.

Y la solución tampoco.

¿Qué podía ocurrir entre una madre y sus dos hijos… a los que ella había creído muertos en un «accidente» cuando apenas habían cumplido un par de semanas de vida?

—¿Sí? —inquirió Cavanagh, al teléfono.

—¿…?

—No. No pasa nada. Tranquilo. Estoy atendiendo una cuestión personal. Ocúpate del despacho durante el día de hoy.

—¿…?

—Sólo si se trata de alguna cuestión de alto riesgo para alguno de los muchachos. Por lo demás, resuelve tú mismo. Sí… No. Yo te llamaré, o acudiré mañana. Adiós.

Colgó, y se volvió hacia Brigitte.

—Supongo —sonrió— que no pasará nada grave en el mundo sólo porque yo falte un día a mi trabajo.

—Nunca se sabe —murmuró Brigitte.

—En efecto: nunca se sabe. Pero esperemos que nada ocurra. Mientras tanto, Brigitte, tal vez prefiera quedarse a solas con ellos en mi casa. Puedo ir a dar un paseo. O a pescar. O al cine. Quiero decir que éste es un buen sitio para que ustedes conversen intentando… ponerse al día, adaptarse a la situación.

—No se va a escapar tan fácilmente —dijo Brigitte—. Siéntese ahí y no complique más las cosas.

—Nuestra intención no es complicar nada —dijo Héctor—. No hemos venido con esas intenciones, ni en busca de nada material. Solamente queríamos que supieras que tus hijos no murieron. Nos pareció que tenías derecho a saberlo

—¿Habrías preferido continuar convencida de que morimos? —inquirió Bridget, mirando con fijeza a Brigitte.

—Cielos, no… ¡Claro que no! Y no he pretendido decir que vuestra presencia sea una complicación para mí en ningún sentido. Simplemente, estoy todavía aturdida. Vosotros me lleváis dos años

de ventaja en saber la verdad… Pero habrá que empezar por algo… ¿A qué os dedicáis?

—¿Quieres decir aparte de atender la hacienda?

—Sí… Claro. Bueno, no sé.

—Papá quiso que los dos fuésemos abogados, para que supiéramos diferenciar muy bien las verdades de las mentiras. Así que los dos somos abogados. —Bridget sonrió de pronto luminosamente—. Pero nos dedicamos a viajar y a hacer estudios sobre la humanidad.

—Hemos aprendido muchas cosas —sonrió Héctor—, algunas de ellas sorprendentes. Papá tenía razón: el mundo es un lugar hermoso habitado por seres ciegos.

—¿Seres ciegos?

—Seres que no ven la hermosura que hay en todas las cosas, y por tanto, la pisotea. Algún día escribiremos ese libro que él nunca pudo terminar y cuyo título nos legó: «Cómo vivir como un ser humano en el Paraíso».

—Pero también hacemos otras cosas —rio Bridget—. Por ejemplo, hemos aprendido a volar, a bailar, a disparar, a cruzar desiertos, a pelear sin armas, a conversar con extraños… Somos unos bichos raros.

—Como papá —dijo Héctor; su sonrisa se tornó maliciosa—… Y como mamá.

—Incluso —deslizó suavemente Héctor— como Número Uno.

—¿Les ha hablado de Uno? —inquirió Brigitte, mirando a Cavanagh.

—No. Le dije algo a Héctor, y supongo que fue él quien les dijo a sus hijos cuál era la vida sentimental de usted en la actualidad, a fin de que la respetasen.

—De manera que él ha estado vivo todos estos años…, y espiándome.

—Y deseándote lo mejor —dijo Bridget—. Nos dijo que, en efecto, él y míster Cavanagh acertaron cuando tomaron la decisión de hacerte víctima de aquella mentira.

—Pero él ha estado toda su vida sin mí —susurró Brigitte Montfort.

—Papá siempre fue generoso con todo el mundo —murmuró Héctor—… , menos consigo mismo.

Brigitte asintió, y quedó pensativa. En un instante, cientos de pequeños recuerdos pasaron por la mente de la espía, como atropellándose unos a otros, como formando una enorme madeja cada vez mayor y más densa. Tuvo la sensación de que era como tratar de meter de pronto, en una pequeña maleta, todos los objetos de una casa.

Miró de repente a sus hijos.

—¿Y qué pensáis hacer en el futuro?

—Pensamos seguir haciendo estudios sobre la humanidad, escribir el libro cuyo título y algunas notas nos legó papá, y, sobre todo, vivir convencidos de que podemos hacer algo bueno para alguien.

—¿Tenéis dinero?

—Nos las vamos arreglando —dijo Héctor.

—Mamá, ésa no es la cuestión —dijo muy suavemente Bridget —. La cuestión es si vamos a vivir separados de ti el resto de nuestras vidas o tú prefieres tenernos cerca.

—¿Qué preferís vosotros?

—Si quisiéramos vivir separados de ti habría bastado simplemente no dar este paso para encontrarnos contigo.

—Tenemos una ventaja sobre ti —deslizó Héctor—: en estos dos años te hemos ido conociendo, no eres nada nuevo para nosotros. Hemos tenido tiempo para acostumbrarnos a ti, para conocer bastante bien a Brigitte Montfort…, y para amarla. Pero comprendemos que no es lo mismo para ti, que sólo hace media hora que nos conoces.

Brigitte cerró los ojos.

Buenos Aires

—Creo que es el momento de preguntártelo —dijo sonriente la joven Brigitte Montfort—: ¿qué piensas, qué pintas, qué escribes?

El apuesto Héctor sonrió a su vez. Estaba como extasiado contemplando a Brigitte, que yacía completamente desnuda a su lado en la cama, luminosa su tersa piel de seda, luminosos sus grandes ojos azules, luminosa su dulce personalidad que tenía tan impresionado al intelectual argentino.

Habían hecho el amor, y Héctor sabía que jamás lo olvidaría. Ocurriese lo que ocurriese en el futuro, él sabía que jamás olvidaría

a Brigitte Montfort. Jamás.

—Pienso en la hermosura de la vida —susurró—. Pinto mis bellas visiones internas. Escribo para recordar a los seres humanos que tenemos algo llamado «sentimientos».

—Dices unas cosas muy hermosas —murmuró ella.

—No es difícil. Sólo tienes que intentar ser una persona con el alma hermosa, y siempre verás, pensarás y dirás cosas hermosas. ¿Tienes inconveniente en que sea yo ahora quien te haga una pregunta?

—No sería justo negarme. Pregunta.

—¿Qué es lo que te ha impulsado a tener esta aventura conmigo?

—Yo no tengo «aventuras» —se enfadó Brigitte Montfort—: yo tengo «amores». Uno o mil, pero siempre son amores, no aventuras.

—¿Significa eso que me amas?

—Si no me hubiera enamorado de ti no estaría aquí contigo. Pero no me concedas demasiado mérito: es fácil enamorarse de ti. Eres un hombre de espíritu fuerte, de carácter dulce, de inteligencia abierta, de valor y decisión total… ¿Por qué te sorprende que me haya enamorado de ti?

—Llegamos esta mañana a Mar del Plata, hemos echado un vistazo a la mansión, y luego, como la cosa más natural del mundo nos hemos instalado en este chalé que nos ha facilitado Cavanagh. Ni siquiera hace veinticuatro horas que nos conocemos, Brigitte.

—O eres realmente un estúpido, o eres un mentiroso. ¿Cómo puede darle importancia al tiempo un hombre que habla de «sentimientos»?

Se ponía el sol.

Era otoño.

En la ventana había un resplandor de sol reflejándose en las arenas de Mar del Plata.

En el pequeño chalé construido frente al mar se oía el rumor de éste.

La belleza de Brigitte Montfort era armoniosa, fuerte y luminosa.

—Sólo quería estar seguro —dijo Héctor.

—¿De qué?

—De que, efectivamente, tú eres como yo y sabes lo que quiere decir sentimientos.

—Me parece —sonrió Brigitte— que la vida no te ha tratado muy bien, Héctor.

—Hasta ahora —susurró él, disponiéndose a amarla de nuevo.

Buenos Aires

Brigitte volvió de nuevo a la realidad presente, y se dio cuenta de que Héctor, Bridget y Cavanagh la estaban contemplando sonrientes. Y se dio cuenta también de que a su vez ella había estado sonriendo mientras su memoria recuperaba aquellos lejanos y felices recuerdos de Mar del Plata.

—Bien —dijo—, lo cierto es que a mí siempre me ha bastado menos de media hora para saber a quién debía amar y a quién no debía amar. Esto aparte, en cuanto os vi os reconocí y os amé. Y carece de sentido vivir separada de las personas amadas.

—Entonces… ¿por qué no estás viviendo con Número Uno?

—Tal vez haya llegado el momento de que yo misma me pregunte en serio eso mismo —murmuró la divina espía.

* * *

—¿Estáis seguros de que antes mencionaron a Número Uno? —inquirió Ottobermayer con expresión preocupada.

—Por completo. Si quieres podemos pasarte esa parte de la grabación.

Ottobermayer quedó pensativo. Era un hombre de casi metro noventa, recio, fuerte como un oso. Sus ojos eran verdes y sus cabellos rojos. Su epidermis aparecía manchada de pecas en todo el cuerpo. Hacía mucho tiempo que vivía espléndidamente con el dinero que ganaba alquilando sus servicios de mercenario de altos vuelos.

En su boca delgada y cruel apareció, por fin, un gesto que podía parecer una sonrisa; pero aquellos labios recordaban todavía más a dos pequeñas víboras moviéndose una sobre otra.

—Tengo la impresión —dijo— de que éste va a ser el gran negocio de mi vida.

—¿Lo suficiente para que lo dejemos ya todo y nos dediquemos a vivir como yo quiero? —preguntó la rubia que tenía a su derecha.

Ottobermayer la miró. Sonrió de nuevo.

—Más que suficiente, cariño. Me parece que no acabas de

comprender lo que significa poder atrapar en la misma trampa a la agente Baby y a Número Uno.

—Pero no estamos aquí para eso —protestó Sigmund.

—Ya lo sé, pero nadie en su sano juicio desaprovecharía esta oportunidad. Así que… se me está ocurriendo una idea genial. Una idea absolutamente fantástica. ¿No han dicho nada más de importancia?

—En realidad, desde que te avisamos se han pasado el tiempo hablando de cosas que atañen a esos dos jóvenes, los hijos de Brigitte Montfort. Oye, son dos muchachos… fascinantes.

—¿Fascinantes? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, no son… corrientes. Les han ocurrido muchas cosas durante sus viajes, y te aseguro que saben cómo salirse de cualquier apuro. Lástima que no hayamos podido instalar aunque sólo fuese un objetivo de televisión, que sólo podamos oír… Me gustaría verlos de cerca. Una de las cosas que les ocurrió, en Thailandia…

—No me interesan esas cosas ahora, maldita sea —masculló Ottobermayer—. Me interesa ver cómo puedo poner en práctica mi idea.

—Ottobermayer, si nos complicamos la vida…

—Cierra la boca —gruñó el mercenario que dirigía la operación.

Una operación que, hasta entonces, sin ser peligrosa tampoco había sido precisamente sencilla, pero que ahora estaba adquiriendo una importancia enorme, una riqueza de posibilidades fastuosa.

Mientras Ottobermayer pensaba, la rubia Marlene y los tres hombres habitualmente encargados de atender los controles del sistema de escucha instalado en la camioneta le contemplaban con expectación y no poca inquietud. Otros dos hombres, llamados Roenbeck y Kimiun se habían sentado en un estrecho banco, y permanecían en silencio. Ellos, junto con Ottobermayer y con Marlene habían llegado hacía poco, tras ser avisados por Sigmund.

Pero allí quien pensaba y decidía era Ottobermayer, así que no había por qué complicarse la vida.

De repente, Ottobermayer miró a su rubia amante y peligrosa aventurera, y sonrió divertido.

—Ya lo tengo: los vamos a cazar a todos como a conejos. La primera en entrar en acción vas a ser tú, Marlene. Luego, lo haremos Kimiun y yo. Mientras tanto, Roenbeck irá a buscar a los

lituanos…

* * *

—¿Cómo dirías que estaba Brigitte? —inquirió Número Uno—. ¿Triste, enfadada, preocupada…?

—Preocupada. Sí, ésa es la palabra: preocupada.

—Y estás segura de que se llevó el maletín.

—Sí señor, segurísima.

Número Uno asintió, apagó el cigarrillo en el cenicero, y se quedó mirando el teléfono instalado en la mesita de centro del salón del apartamento de Brigitte, al que había llegado hacía unos pocos minutos. Y una vez más se encontraba con que Brigitte se había ausentado repentinamente.

No estaba alarmado.

Ni siquiera preocupado. Ya hacía tiempo que había adquirido el convencimiento de que a su amada Brigitte no podría ocurrirle nunca nada definitivamente malo.

Pero no era corriente que ella fuese a ver a míster Cavanagh en el domicilio privado de éste. Y todavía resultaba menos corriente que para visitar a su jefe en la CIA Brigitte se llevase su maletín de viaje con los trucos de Baby…

—¿Quiere que llame yo a casa de míster Cavanagh preguntando por la señorita? —se ofreció Peggy—. Ella estaba esperando la llamada de usted, de modo que querrá saber que ha llegado.

—De acuerdo, llama. Pregunta dónde está ahora Brigitte. Pero no digas que yo estoy esperándola aquí. Di que te interesas por saber si va a venir a cenar o no, por ejemplo.

—Sí señor.

Peggy llamó por teléfono al domicilio privado de Cavanagh, y Número Uno estuvo atento. Fue fácil comprender que en contra de lo que él había creído, Brigitte todavía estaba en casa de Cavanagh; pero esto, con ser un tanto sorprendente, no lo era tanto como la respuesta que dio Brigitte a una de las preguntas de Peggy, indicando que no sabía cuándo volvería a casa. Finalmente, Brigitte preguntó si Número Uno había llegado, y Peggy, siguiendo las instrucciones de Número Uno, dijo que no.

Lo último que dijo Brigitte fue que ella llamaría en otro

momento.

* * *

Brigitte colgó el auricular, y quedó pensativa. Por fin, murmuró:

—Es extraño que Uno no haya llegado todavía... Quizá le haya surgido algo inesperado en Europa.

—Puede llamar a Malta desde aquí, si quiere —ofreció Cavanagh—. A lo mejor él está todavía allá, en Villa Tartaruga.

—No. Llamaré más tarde a casa. Quizás entonces él ya haya llegado.

—En cierta ocasión, hace algo más de un año, estuvimos tentados de pasar por Malta para ver esa villa —dijo Bridget.

—Según parece —dijo Brigitte, mirando a Cavanagh—, este traidor que decía ser mi amigo ha estado contando muchas cosas de mí.

—Él me iba preguntando cuando nos veíamos —murmuró el jefe del Grupo de Acción de la CIA—... Procuraba decirle lo menos posible, pero era un hombre muy... persuasivo, y, a fin de cuentas, ya había demostrado más que cumplidamente su discreción. Yo me daba cuenta de que él seguía amándola, y no tenía valor para negarle esas pequeñas informaciones. Por otro lado, era menos comprometido facilitárselas que negárselas.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque si yo no hubiese dado respuesta a sus preguntas quizás él habría buscado las respuestas por sí mismo, y eso sí que habría podido complicar las cosas.

Brigitte frunció el ceño, y permaneció callada. Bridget rio.

—Tienes que reconocer que míster Cavanagh tiene razón, mamá.

—De acuerdo, la tiene... en esto. Bien, tendremos que...

Sonó el timbre de la puerta del chalé. Brigitte y Cavanagh se miraron. Él hizo un gesto de extrañeza, y se dirigió hacia la salida de la salita.

—Veré quién es y me desembarazaré de él enseguida —dijo.

Brigitte asintió, y se quedó mirando hacia el pequeño jardín que había en la parte de atrás de la casa de Cavanagh. Se volvió al notar la presión en un hombro. Bridget estaba junto a ella, mirándola dulcemente.

—¿Qué crees que dirá Número Uno cuando se entere de nuestra existencia? —inquirió la joven.

—Se alegrará. Oh, Dios mío, Bridget, cuando te miro me… me da la impresión de que el tiempo ha retrocedido y que me estoy mirando en un extraño espejo que se mueve…

—Claro que no. Papá nos dijo que nunca podría haber una mujer tan hermosa como tú, y tenía razón. Y no creas que…

Bridget calló, casi sobresaltada por el brusco gesto que acababa de hacer Brigitte mirando hacia la puerta de entrada a la sala. Brigitte Montfort estuvo así quizás un par de segundos, y de pronto buscó con la mirada, vio el maletín, y comenzó a caminar hacia él…

En la puerta de la sala reapareció Cavanagh…, seguido de una esbelta, hermosa y felina mujer rubia armada con una pistola con silenciador, cuya boca de fuego apuntaba la nuca del ex agente de acción de la CIA, que mantenía las manos alzadas a la altura de los hombros.

Por detrás de ella aparecieron inmediatamente dos hombres, uno de ellos de aspecto vulgar, y el otro de roja cabellera, ojos de ofidio y estatura impresionante.

También ellos sostenían una pistola con silenciador en la mano, y el gigante pelirrojo apuntó con ella enseguida a Bridget, al tiempo que dirigía una mirada regocijada y perversa a Brigitte.

—Tan sólo con que intente alguno de sus trucos —deslizó con toda claridad— se va a quedar sin jefe y sin hija.

—Y sin hijo —dijo el otro sujeto, apuntando a Héctor.

—Tómense las cosas con calma —dijo serenamente Brigitte Baby Montfort—. No hay nada que no pueda solucionarse entre personas inteligentes.

—La cuestión es —dijo el pelirrojo— que tememos que usted sea demasiado inteligente para nosotros. De modo que tenga mucho cuidado con lo que hace, Baby.

Míster Cavanagh apenas pudo contener un respingo. Brigitte lo miró. Luego miró al pelirrojo.

—¿Nos conocemos usted y yo, señor…?

—Ottobermayer. No, no nos conocemos. Es decir, usted no me conoce a mí, pero yo sé perfectamente quién es la agente Baby y las muchas cosas que puede intentar. Le insisto en que no lo intente siquiera. ¿Me ha comprendido, señorita Montfort?

—Sí.

—¿Alguien de los presentes está armado?

—No.

—Muy bien. —Ottobermayer movió la pistola—. Siéntense los cuatro en ese sofá y quédense callados y quietos, con las manos sobre las rodillas. Tengo que pensar. Tengo que concentrarme en el modo de obtener el máximo provecho de esta situación que ha sido como un regalo del cielo.

—¿A qué llama usted máximo provecho? —Inquirió Baby—. ¿A dinero?

—Por ejemplo —sonrió Ottobermayer.

—Si se trata de dinero podemos llegar a un rápido acuerdo. Diga cuánto quiere.

—Mmmm… ¿Mil millones de dólares?

—De acuerdo —aceptó en el acto la espía.

Héctor y Bridget la miraron atónitos. Ottobermayer volvió a señalar el sofá con la pistola.

—Siéntense —insistió—. Y no me caliente la cabeza ahora.

—Le aseguro que dispongo de esa cantidad —dijo Brigitte.

—Estoy convencido de ello. Maldita sea, cierre la boca… ¡Tengo que pensar!

—Pero Ottobermayer —intervino Marlene—, si ella puede darnos mil mill…

—¡Cállate tú también!

—Tranquilícese —le miró directamente Brigitte—. Y tengan mucho cuidado con esas armas: si hacen algo que no me guste, y no consiguen matarme a la primera, les aseguro que tendrán motivos para lamentarlo.

—Maldita sea su estampa —jadeó Ottobermayer—… ¿Se atreve a amenazarme?

—Sí.

Ottobermayer se pasó la lengua por los labios. Brigitte se sentó, con gesto sosegado, y sus hijos la imitaron por fin. Cavanagh fue a sentarse en un sillón. Ottobermayer miró alrededor, vio el mueble-bar y se acercó a él. Lo abrió, sacó una botella de *whisky*, y bebió directamente de ella. Brigitte Montfort frunció el ceño.

Ottobermayer miró su reloj de pulsera.

De pronto miró a Brigitte.

—Estoy dispuesto a hacer un trato con usted —dijo.

—Lo celebro.

—Usted, sus hijos y Cavanagh salvarán la vida si usted, además de darme esos mil millones de dólares que asegura tener, hace para mí un pequeño trabajo. Un trabajo que para mí está representando muchísimas dificultades, pero que será muy sencillo para la agente Baby.

—¿Qué trabajo es ése?

—Matar al presidente de Estados Unidos, al señor George Bush.

—No haré semejante cosa.

—Si usted no me obedece nosotros vamos a asesinarlos a ustedes cuatro.

—Si pueden —dijo fríamente la divina espía.

—¡Maldita sea —Ottobermayer estaba lívido—, no me plante cara!

—Usted está cometiendo un error de base —dijo ahora casi amablemente la espía más peligrosa del mundo—: le está dando vueltas al asunto. Dígame cuál es en definitiva su verdadero objetivo, y veremos qué se puede hacer para que lo consiga. No le dé vueltas, insisto: ¿qué es lo que realmente desean las personas que le han contratado?

—¿Cómo sabe que todo esto no es un plan propio?

—Usted es un mercenario. He conocido muchos, algunos de ellos de más categoría que usted, pero siempre, todos, trabajaban para otras personas, que ponían las ideas, los planes y el dinero. ¿Para quién está trabajando usted?

—Para unos lituanos.

La agente Baby se quedó mirando fijamente durante unos segundos a Ottobermayer. Por fin, asintió con un gesto, tomó el paquete de cigarrillos que había sobre la mesita, y encendió uno.

—Entiendo —dijo por fin.

—¿Qué es lo que entiende? —Se pasmó Ottobermayer.

—En estos momentos el señor Bush se halla en Camp David, con un invitado realmente excepcional: el señor Mihail Gorbachov, el líder soviético. Esos lituanos que desean matar al señor Bush lo hacen con la intención de que los Estados Unidos acusen al señor Gorbachov de haber planeado de alguna manera el asesinato del presidente americano, con lo cual la Unión Soviética, y no digamos

el señor Gorbachov, se iban a encontrar con graves problemas. También tendría problemas Estados Unidos, porque al retener aquí al señor Gorbachov no nos haríamos precisamente simpáticos a los soviéticos. Surgirían tan graves problemas de enorme ámbito internacional que se olvidarían de Lituania y de las pretensiones de independencia total de este pequeño país báltico durante tantos años sometido a la madrecita Rusia. Aprovechando la terrible trifulca entre Rusia y Estados Unidos, Lituania podría seguir sigilosamente su ruta hacia la independencia. Por tanto, lo que realmente desean sus jefes lituanos, Ottobermayer, es que Lituania sea independiente, no que muera el señor Bush. ¿Correcto?

Ottobermayer estaba tan pálido que parecía un cadáver.

Marlene y Kimiun parecían estatuas de yeso.

En el rostro de míster Cavanagh había una mal contenida mueca sarcástica, mientras sus grises ojos contemplaban al mercenario. Éste no conseguía reaccionar.

—Lo que me pregunto —continuó hablando Brigitte— es qué tiene que ver esa locura lituana con míster Cavanagh. Entiendo perfectamente que ustedes tienen controlada cuando menos acústicamente esta casa, pero no entiendo por qué. ¿Qué esperaban obtener teniendo vigilado a Cavanagh? ¿De qué había de servirles eso con vistas al asesinato del señor Bush?

—Cavanagh es el jefe del Grupo de Acción de la CIA. Mi idea era en primer lugar tener la casa bajo escucha, por si había aquí algo que, de alguna manera, pudiera ser peligroso para nosotros. Una vez convencido de que no era así, habríamos entrado, habríamos controlado a Cavanagh, y le habríamos obligado a que él enviase a unos cuantos de sus muchachos a Camp David a eliminar a Gorbachov.

—¿A Gorbachov? ¿No ha dicho antes que quería que matase a George…, al señor Bush?

—Le habría ordenado que los asesinase a ambos. A Gorbachov, por el plan de los lituanos, y a Bush porque lo odio con toda mi alma. ¡Por eso acepté este trabajo que a cualquiera habría de parecerle imposible!

—Y lo es, prácticamente. ¿Por qué odia tanto al señor Bush?

—Porque cuando él fue director de la CIA yo le propuse una jugada a realizar en Suramérica, una jugada en la que yo me habría

enriquecido y Estados Unidos habría obtenido muchos y grandes beneficios sociopolíticos en ese continente. Bush no sólo rechazó mi oferta, sino que desbarató mis intentos de realizar el plan asociándome a los chinos, y ordenó a la CIA que yo fuese exterminado.

—Según parece —sonrió Baby, para sorpresa de todos— usted no es fácil de cazar. Ni siquiera por la CIA.

—En efecto —sonrió a su vez Ottobermayer—… Pero tal vez deberíamos añadir que tuve suerte de que mi asesinato no fuese encomendado a la agente Baby.

—En efecto, tuvo usted suerte. Pero estoy segura de que, simplemente, el señor Bush consideró que un sujeto como usted no merecía movilizarme a mí. Además, una rata que huye deja de crear problemas.

—Pero ahora no huyo.

—No. Es por eso que yo siempre he sido partidaria de exterminar completamente a todas las ratas. Nada de relajarse, nada de perdonarles la vida…, nada de nada, salvo exterminarlas. Pero, en fin, aquí está usted, y en verdad creando una situación… molesta.

—¿Molesta? —Exclamó Ottobermayer—. ¿Sólo «molesta»? Ahora no tengo solamente a míster Cavanagh, sino a la agente Baby. Puedo buscar contacto con algunos agentes significados de la CIA, algunos de sus mejores Simones, y decirles: «Muchachos, si ustedes no me liquidan a Gorbachov, yo les liquido a su querida Baby». ¿Qué cree usted que harían sus Simones si tuvieran que elegir entre la vida de usted y la de Gorbachov?

Brigitte palideció, y no dijo nada. Ottobermayer rio. Bebió más *whisky*. Miró a Héctor y Bridget, y de nuevo a Brigitte, moviendo la cabeza hacia los jóvenes.

—Esto sí que sería una sorpresa mundial, ¿eh?: la señorita Montfort es madre de dos apuestos jóvenes. ¡Y no digamos si el mundo se enterase de que, además, la señorita Montfort es la agente Baby! Verdaderamente, es usted todo un personaje de la vida y de la Historia, señorita Montfort. ¿Qué pasó exactamente con sus hijos? ¿Por qué los creyó usted muertos? Hemos estado oyendo muchas cosas, pero no lo que ocurrió en ese sentido. ¿Qué ocurrió?

—Me engañaron —murmuró Brigitte—. Entre Cavanagh y el

padre de mis hijos me engañaron… Cavanagh todavía no me ha explicado eso, pero ya no hace falta, ya lo he comprendido tan sólo recordando cómo ocurrieron las cosas…

—¿Y cómo ocurrieron?

—¿Desea que se lo explique? ¿Por qué? ¿Acaso estamos esperando algo y mientras tanto quiere satisfacer su curiosidad?

—Exactamente.

—¿Y qué estamos esperando…? ¡No me diga que va a venir más gente a esta casa!

—Ajá.

—Ya. De manera que está esperando a alguien… ¿Los lituanos? ¿Está esperando a sus jefes para que sean ellos los que, ante la importancia actual de las posibilidades de su plan, tomen las decisiones finales?

—Es usted demasiado lista, señorita Montfort.

—Nunca se es demasiado listo —susurró la espía—. Ya ve: hasta a mí consiguieron engañarme en aquella ocasión. Y no fue una mentira fácil de preparar, no… Pero, claro, se explica que tuviera éxito si contamos con dos factores. Uno de ellos, que la había planeado Cavanagh, un hombre tan inteligente y astuto que había de llegar a uno de los puestos de alto mando de la CIA. El otro factor fue que, naturalmente, yo confiaba plenamente en Cavanagh y en el padre de mis hijos. Por tanto, pudieron engañarme.

—Claro. ¿Cómo lo hicieron?

Brigitte estuvo silenciosa unos segundos, con la mirada perdida, ordenando en su mente aquellos recuerdos que tan reveladores eran ahora.

Cuando habló parecía que había olvidado por completo a Ottobermayer, y que era a sí misma a quien relataba lo ocurrido aquella noche.

—Después de terminar aquella primera misión en Argentina, durante la cual conocí a Cavanagh y amé a Diosdado, regresé a Estados Unidos… Casi enseguida comprendí que estaba embarazada. Mi primera intención fue comunicárselo a Héctor, pero recordé que él estaba todavía resolviendo muchas cosas comprometidas en compañía de Cavanagh, así que decidí esperar. Luego, no sé por qué, decidí seguir esperando más para decírselo. Por fin, unos meses después, me di cuenta de que no iba a poder

ocultar por más tiempo el grosor de mi vientre, y me fui de Nueva York, dispuesta a reunirme con Diosdado en Argentina. Pero él estaba de viaje entonces, con paradero desconocido. Cavanagh seguía en Buenos Aires, y a él le dije lo que ocurría. Me aseguró que en cuanto localizase a Diosdado me lo haría saber. Tardó bastante, porque se trataba de hacerlo utilizando muy discretamente los recursos de la CIA. Por fin, Héctor y yo nos reunimos en cierto lugar, al oeste de Argentina. Para entonces, a mí me faltaba menos de un mes para dar a luz, y llevaba fuera de Nueva York más de cuatro meses. Los dos últimos los había pasado en una hermosa casa frente al mar, muy próxima a Mar del Plata, que Cavanagh me había conseguido… Pero, en fin, de aquí fui a los Andes, cerca de Mendoza, donde me reuní con Héctor. Mientras él y yo pasábamos hermosos días de amor sin sexo dado mi avanzado estado de gravidez, Cavanagh lo arregló todo, y cuando llegó el momento me llevaron a una clínica magnífica, rodeada de jardines, en las afueras de Mendoza. Allá, muy bien atendida y en las mejores condiciones que podían conseguirse en Argentina en aquellos días, tuve a mis hijos. Tan sólo cinco días después, volví con ellos y con Héctor a la casa de los Andes, como yo la llamaba. Cavanagh vino a vernos dos días después, y me preguntó qué era lo que yo en definitiva deseaba hacer. Hasta entonces, él lo había hecho todo con tal secreto que ni siquiera constaba en parte alguna el nacimiento de mis hijos. Yo propuse inscribirlos como hijos míos, naturalmente, en la embajada norteamericana de Buenos Aires. Cavanagh me dijo que en aquellos momentos había asuntos muy complicados en Buenos Aires, pero que él procuraría arreglarlo todo tan discretamente como hasta aquel momento. Acepté, por supuesto. Cuatro días más tarde volvió, diciendo que todo estaba arreglado.

Brigitte calló de pronto.

Aspiró hondo, apagó en el cenicero el cigarrillo que se había ido consumiendo entre sus dedos, y se puso en pie, causando un sobresalto en Kimiun, que la apuntó con la pistola.

La espía ni siquiera lo miró.

Se acercó a mirar por el ventanal el jardín de la parte de atrás de la casa. Tardó casi un minuto en continuar hablando, siempre como si se lo estuviese relatando todo a sí misma.

—Cavanagh consiguió un helicóptero, con el cual nos

trasladamos hasta un lugar situado entre Río Luján y Buenos Aires, ya muy cerca de Buenos Aires. Cuando llegamos allá era de noche. Había dos coches escondidos, y Cavanagh me explicó por qué: era conveniente que yo fuese inmediatamente a la embajada, donde pasaría la noche. Héctor y los niños llegarían por la mañana, sin problema alguno. Le pregunté a Cavanagh por qué era conveniente esta llegada por separado, y me dijo que era, simplemente, un recurso de máxima seguridad, por si alguien me reconocía, y le daba la idea de ametrallarnos, meternos una bomba bajo el coche, o cualquier otra salvajada. Yo sabía que no todos los implicados en aquel frustrado intento de diez meses atrás habían sido detenidos o erradicados de Argentina, de modo que me pareció no sólo bien, sino digno de agradecimiento por mi parte que Cavanagh hubiera pensado incluso en esos detalles. Por tanto, después de hacer unas bromas respecto a los apuros que iba a pasar Héctor aquella noche para darles el biberón a los niños y limpiarles el culito, Héctor se marchó en uno de los coches, llevándose a los niños, y yo me fui en el otro coche en dirección a Buenos Aires. Por su parte, Cavanagh dijo que iba a regresar con el helicóptero a la base donde la CIA solía tenerlo para emergencias. ¡Qué natural parecía todo, qué bien planeado por aquel Simón extraordinario…! Aquel Simón al que yo había salvado la vida diez meses antes… Había quedado cojo, pero allá estaba, vivo, lleno de energía y de proyectos… Yo sabía que aquel hombre habría dado la vida por mí si se lo hubiese pedido, así que… ¿cómo se me iba a ocurrir tan siquiera desconfiar de él, creer que me iba a mentir en algo tan terriblemente trágico…?

—Usted sabe —jadeó Cavanagh— que es cierto que habría dado la vida por usted. Y lo haría ahora mismo. He estado dispuesto a hacerlo en todo momento… ¡Siempre he estado dispuesto a todo por usted, no sólo por amor personal, sino porque el mundo la necesita a usted, aunque sólo sea como… ejemplo de persona! ¡Y siempre he sabido que su labor era necesaria para la humanidad, usted sabe esto, sabe que hice lo mejor para la humanidad!

—¿Acaso yo no formo parte de la humanidad? —susurró Brigitte.

—Usted… usted me entiende perfectamente.

—Sí…, es cierto, le entiendo. Le entiendo ahora. Y le creo. Pero no debí creerle entonces. Mas… ¿cómo desconfiar de usted? ¿Cómo

se me podía ocurrir a mí que usted tuviese el corazón tan duro como para causarme aquel dolor, Simón? Por el amor de Dios: ¿cómo pudo usted hacer aquello?

—Maldita sea —graznó Ottobermayer—... ¡Diga de una vez lo que hizo Cavanagh!

—Yo estaba todavía muy cerca del lugar de la despedida cuando vi, por el espejo retrovisor, el resplandor de un intenso fuego, que destacó muchísimo en la oscuridad de la noche. Di la vuelta inmediatamente, regresé hacia el lugar donde me había despedido de Héctor y de mis hijos... El incendio estaba más allá, siguiendo la carretera por la que Héctor se había alejado... Vi el helicóptero que regresaba, y que descendía... Cuando llegué al lugar del accidente, Cavanagh había saltado del helicóptero y corría hacia el coche envuelto en llamas, cargado con un extintor. Me gritó que no me acercase. Yo veía en el suelo la mancha de aceite en la que había resbalado el coche de Héctor. Me imaginé a él haciendo esfuerzos por controlar el coche, que finalmente había volcado, había caído por aquel pequeño talud, y, abajo, se había incendiado... Reaccionando, comencé a bajar el talud. Cavanagh volvió a gritarme que no me acercara, pero yo me acerqué... Él estaba utilizando el extintor, pero las llamas eran enormes, era imposible apagarlas... Me quemé las cejas, las pestañas y el cabello en muy buena parte, pero no pude acercarme más, era imposible, era como si el fuego me... me empujase. El coche era una bola de fuego. Finalmente, Cavanagh consiguió controlar el incendio. Yo estaba paralizada, mirando el coche, del que no había salido nadie... Cavanagh se acercó al coche y al resplandor de las luces del helicóptero debió de ver... su interior, entre... entre el humo y aquel montón de hierros retorcidos... Enseguida volvió hacia mí, y me tomó de un brazo y me hizo regresar a la carretera... Me dijo... que era mejor que no mirase dentro del coche, y me llevó al helicóptero. Por la radio de éste llamó a un par de compañeros. Me dijo que él se ocuparía de todo, que yo debía serenarme... Cuando me di cuenta, un Simón desconocido me llevaba en coche lejos de allí, para ayudarme luego a emprender el regreso a casa... Me negué a abandonar Argentina hasta saber cómo había terminado todo. Cavanagh me envió recado en dos o tres ocasiones, asegurándome que él lo había resuelto todo, y que nada más se

podía hacer… No volví a verlo en persona hasta transcurrido más de un año, y siempre tuve la impresión de que era porque él evitaba encontrarse conmigo. Se comunicaba conmigo, pero tardó más de un año en atreverse a ponerse ante mí y soportar mi mirada… Fue así, ¿no es cierto, Simón? Por eso tardó tanto en aceptar que nos encontrásemos.

—Sí.

—O sea —dijo Ottobermayer—, que Cavanagh simuló que sus hijos y el padre morían en un accidente…, pero todo fue un montaje suyo.

—Sí… Él lo preparó, claro está. Luego, Héctor sólo tuvo que sacar a mis hijos del coche, y pasar con éste por encima de la mancha de aceite preparada, saltar del coche cuando éste llegó al talud, y cuando ya estuvo abajo debió de rociarlo con gasolina y prenderle fuego. Hecho esto, se fue con los niños… Imagino que no tuvo valor para quedarse por allí y ver mi dolor al contemplar el coche ardiendo… Sí, él debió de alejarse enseguida, llevándose a mis hijos. Me perdía a mí, pero los tendría a ellos, que eran míos… Le conocía bien, y sé que él pensó que yo superaría ese dolor, esa pena, y así fue, como siempre he superado todos los miedos, disgustos y sufrimientos… Él temía perderme, temía que nuestra unión terminaría de todos modos más pronto o más tarde, y decidió que terminase pronto, aceptando el plan de Cavanagh y perdiendo así lo menos posible. Si yo hubiera insistido en mirar dentro del coche, el plan de Cavanagh habría fracasado, pero él tenía confianza en que me llevaría lejos de allí consiguiendo que yo no mirase dentro del coche… Todo esto no pudo tramarlo Héctor de ninguna manera, de modo que, claro está, fue Cavanagh quien lo planeó.

—¡Qué hijo de puta! ¡Me cago en todo, después dirán que los mercenarios somos escoria…! ¿Qué es usted, tío listo? —Miró a Cavanagh—. ¿Puede decirme qué clase de mierda podrida es usted?

—Es un espía —dijo Brigitte—… Y los espías no sólo mienten siempre, sino que… no tienen corazón.

—Entonces usted tampoco tiene corazón —dijo brutalmente Ottobermayer.

—Ella sí tiene corazón —dijo Cavanagh—. Por eso yo manipulé su destino, y lo hice para que no sólo dos o tres personas, sino toda

la humanidad se beneficiara de ese gran corazón de ángel… ¡No me arrepiento de lo que hice, no me arrepiento de haber creado una espía para la eternidad! ¡Y no serás tú, escoria de la vida, quien atente contra mi obra…!

—¡No, Simón! —gritó Brigitte.

Pero ya míster Cavanagh se abalanzaba con feroz decisión contra el gigantesco mercenario.

Éste reaccionó con fría serenidad: apuntó con la pistola a la pierna derecha de Cavanagh y apretó el gatillo.

El jefe del Grupo de Acción de la CIA, lanzó un grito, pareció tropezar, y cayó rodando hacia delante.

—¡No dispare más! —gritó Brigitte.

Ottobermayer se volvió hacia ella, apuntándola al centro del pecho. Marlene y Kimiun apuntaban a los hijos de la espía. En el suelo, lívido el rostro pero resuelta y feroz la expresión, Cavanagh intentaba ponerse en pie, fija su ardiente mirada en el mercenario.

Desde un poco más abajo de la ingle la pierna de Cavanagh comenzaba a empaparse de sangre.

Brigitte se acercó a él, le ayudó a ponerse en pie, y lo llevó de nuevo al sillón, donde lo dejó sentado.

—Amigo mío —dijo—, usted tiene vocación de cojo. Pero siempre cuenta con Baby para ayudarle, ¿no es así?

—Si la otra vez no me hubiera ayudado, todo esto no estaría ocurriendo —jadeó Cavanagh.

—Desde luego que no. Pero está ocurriendo, de modo que haga el favor de tranquilizarse.

—Mátelo —jadeó Cavanagh, mirando un instante a Ottobermayer—… ¡Mátelo, Brigitte!

—No tengo prisa —replicó Baby, provocando un escalofrío en todos los presentes.

—Con que no tiene prisa, ¿eh? —Chirrió la voz de Ottobermayer —. ¡Pues yo sí tengo ahora prisa en liquidarla a usted!

—Le voy a decir una cosa, Ottobermayer: si yo muero, suicídese, porque sería lo menos malo que podría ocurrirle. Si yo muero, mis Simones investigarán hasta saber que fue usted quien me habría matado, y le buscarían. Tenga por cierto que esta vez lo encontrarían, y entonces, de veras, más le valdría estar muerto. Soy su seguro de vida, de modo que pórtese bien y tratemos de

encontrarle a esta situación una salida que resulte ventajosa para ambas partes. ¿Me ha entendido?

—Desde luego.

—Perfecto. Voy al cuarto de baño a buscar el botiquín para atender a Cavanagh. ¿Me acompaña o confía en mi palabra de no intentar ninguna jugarreta por el momento?

—La acompañaré… ¡No me fío de usted!

—Hace bien.

* * *

Dentro de la camioneta, Sigmund, Spolka y Bekno cambiaron miradas de preocupación entre sí.

Lo estaban oyendo todo perfectamente. Ahora reinaba el silencio en la casa de míster Cavanagh.

Por fin, Sigmund murmuró:

—Esa mujer está… dominando a Ottobermayer. Quizás él no se da cuenta, pero desde aquí nosotros sí nos damos perfecta cuenta. Habría que advertirle del riesgo que está corriendo.

—Ya recomendé que todos lleváramos radios de bolsillo, además de disponer de este material —gruñó Bekno, señalando el conjunto de aparatos de escucha—, pero el propio Ottobermayer dijo que no haría falta, que todo estaba muy bien pensado.

—Sí, pero nadie contó con que aparecería en escena la agente Baby.

—Y sus dos hijos —dijo Spolka—, no olvidemos esto. Ella tendrá mucho cuidado con lo que hace mientras Marlene y Kimiun y por supuesto también Ottobermayer, puedan matar a sus hijos.

—Sí, eso es cierto —dijo Sigmund—…, pero si ella sigue controlando de ese modo a Ottobermayer yo le avisaré, aunque sea yendo a la casa.

—Mejor que permanezcamos aquí. Roenbeck no puede tardar en llegar con los lituanos, y nos encontraríamos allí demasiada gente.

* * *

Utilizando unas pinzas de su maletín, Brigitte había sacado la bala

hundida en el muslo de Cavanagh, tras recortar los pantalones de éste. Cavanagh, que se había desmayado, recuperó el conocimiento cuando ya Brigitte, ayudada por su hija, estaba terminando de vendarle la pierna.

De repente, Brigitte Baby Montfort miró a Cavanagh, y éste sintió el impacto de aquellos hermosos ojos como una increíble andanada de afecto.

—¿Le gusta bailar el tango? —susurró la divina espía.

Míster Cavanagh cerró los ojos, y no contestó. Bridget miró a Brigitte, y luego de nuevo a Cavanagh; por entre los cerrados párpados de éste aparecían las lágrimas, que causaron profunda impresión en la muchacha. Brigitte acarició una mejilla de Cavanagh, que se estremeció.

Bridget miró con expresión resplandeciente a Brigitte.

—No le guardas rencor, ¿verdad? —susurró.

—Él ya sabe que no. Por eso está llorando. Por eso y porque está recordando la otra vez que le pregunté si le gustaba bailar el tango.

Buenos Aires

—O sea —dijo Brigitte—, que en definitiva todo ha salido bien y yo puedo regresar a casa. ¿Así de simple?

—Así de simple —asintió Cavanagh, alto, fuerte, hermoso, plenos de fuerza sus grises ojos—. El contacto ha funcionado bien, y esta misma noche tengo en Buenos Aires una entrevista que solucionará el problema… Es decir, lo pondrá en vías de solución.

—Lo que significa —murmuró Diosdado, que estaba muy pálido — que no va a haber revuelta militar.

—Exactamente. Entre todos hemos conseguido evitar una buena masacre, Héctor.

—¿Entre todos? —Exclamó Brigitte—. ¡Yo no he hecho nada de nada!

—¿Nada? —La miró maliciosamente Cavanagh.

—Oh, bueno, ya sé… Me he enamorado, eso sí, pero… Bueno, no sé cómo decirlo…

—Quizás estás tratando de decir —murmuró Héctor— que no has hecho nada… realmente importante.

—No es justo que me digas eso —le miró Brigitte fijamente.

—Tienes razón —él la abrazó por la cintura—… Lo lamento.

Pero siento… la amargura de nuestra separación.

—Todavía no nos hemos separado.

—¿Significa eso que vas a quedarte conmigo en Buenos Aires?

—Por supuesto.

—¿Para siempre? —exclamó el argentino.

—Bueno… No sé… Quiero decir… que también podría ser al revés, o sea, venir tú a Nueva York.

—¿En calidad de qué?

—Un hombre como tú nunca tendrá problemas para salir adelante, ni en Nueva York ni en cualquier otra parte del mundo, Héctor.

—Pese a lo que ha dicho Cavanagh, yo no me atrevo a marcharme de Argentina, quiero permanecer aquí, vigilando…, al menos durante un tiempo, para asegurarme de que, en efecto, se cumplirán esas ofertas de cancelar la revuelta armada.

—Te comprendo. Pero yo tengo mi trabajo en Nueva York, y…

—Perdone que la interrumpa —dijo Cavanagh, con simpático tono burlón—, pero si algo me aburre son las sesiones de enamorados, así que me largo. Además, si me entretengo demasiado no llegaré a esa cita en Buenos Aires a la hora fijada. ¿Ha quedado todo entendido?

—Desde luego —asintió Brigitte—. ¿Dónde es exactamente esa cita?

—En la calle de las Ánimas. En el número 22.

—¿En la calle de las Ánimas? —Frunció el ceño Diosdado—. Es un callejón en las afueras de la ciudad, donde viven más ratas que personas.

—¿Eso importa algo? —se sorprendió Cavanagh.

—No… Supongo que no, claro.

—Bien…, pues adiós a ambos. Esperemos que la vida nos vuelva a juntar alguna vez.

—Esas cosas suelen ocurrir —sonrió Brigitte.

Cavanagh también sonrió.

Estrechó la mano de Diosdado, hizo lo mismo con la de Brigitte, y, de pronto, besó a ésta en ambas mejillas y luego brevemente en los labios. Miró a Héctor, le guiñó un ojo, y, sin más, abandonó la casa de la playa cercana a Mar del Plata donde la señorita Montfort había tenido tres insólitos días luminosos llenos de felicidad y amor.

Afuera, Cavanagh subió al coche en el que hacía poco había llegado al chalé, y emprendió el camino hacia Buenos Aires. Tenía tiempo. No podía entretenerse, pero tenía tiempo holgado para aquel viaje.

El ceño del espía estaba fruncido. Hay cosas en la vida que, simplemente, no tienen sentido. Intentó imaginarse a Brigitte Montfort en una casita con jardín, haciendo la comida o limpiando la vajilla; ni siquiera conseguía imaginársela dirigiendo una casa llena de criados.

No.

No se la imaginaba en las llamadas labores del hogar o caseras, por refinadas que éstas fuesen. ¿Cómo demonios le iba a importar a una persona como Brigitte Montfort si la vajilla estaba limpia, si el cuarto de los invitados estaba arreglado, o si la servidumbre había conseguido adquirir pescado fresco para la cena?

—Qué estupidez —masculló el hombre fuerte de la CIA en Argentina—... Cada cual nace con una estrella, y la de esa jovencita no tiene nada que ver con el hogar, dulce hogar.

Cuando llegó a Buenos Aires, estaba anocheciendo. Y ya había anochecido cuando llegó a la calle de las Ánimas. Dejó el coche en la entrada al corto callejón, y se adentró en éste.

Un hombre apareció de pronto ante él, saliendo de un portal.

—¿Cavanagh? —inquirió.

—Sí.

—Acompáñeme.

Había luna menguante. En alguna parte maulló un gato, y el espía norteamericano sonrió al recordar la letra de aquel tango: «y un gato de porcelana, para que maúlle al amor… Y todo a media luz, a media luz los dos»…

El callejón tenía cuatro bombillas protegidas por pantallas de porcelana. Ésa era toda la iluminación, tan escasa que incluso la luz de la luna menguante la superaba. Tal vez sí que había ratas por allí. Por un momento, Cavanagh tuvo una reacción interna de rechazo, de desconfianza, pero se controló. Los espías no siempre comen y viajan en lujosos transatlánticos con damas enjoyadas y bellísimas que se enamoran de ellos…

El hombre que iba junto a él entró en un portal. Unos doce metros más allá había una simple valla de madera, de unos dos

metros de altura. Aquel callejón era, lisa y llanamente, sórdido.

Entró tras el hombre. Éste se volvió y cerró la puerta. Acto seguido encendió una luz. Había un tramo de escalones, y los dos ascendieron. Entraron en un apartamento grande y destartalado. El desconocido llevó a Cavanagh a la sala.

Nada más entrar en ésta, Cavanagh comprendió que, simplemente, había jugado y había perdido: su contacto estaba allí, tumbado en un sillón, más muerto que vivo, lleno de sangre por todas partes; se dio cuenta de que al pobre hombre le habían roto ambas manos a culatazos, y le habían partido los dientes por el mismo procedimiento. Tenía las facciones lívidas y desencajadas, y de sus ojos brotaban mansa y silenciosamente las lágrimas.

Cavanagh dejó de mirarlo, y dedicó su atención a los demás personajes que se habían reunido en el lugar.

Además del sujeto que lo había guiado hasta allí, había tres matones más como él, todos de pie, que le contemplaban como una pandilla de gatos perversos podría contemplar a un indefenso ratoncillo. Uno de ellos se le acercó, y, con ostentosos gestos de pretendida elegancia y suavidad, le quitó la pistola de la funda axilar. Uno de sus compañeros emitió una risita que pareció talmente de hiena.

Había además otros tres hombres, de muy diferente aspecto y catadura. Tres sujetos muy bien vestidos, de miradas frías, que contemplaban con expresión crítica al agente de la CIA. Dos de ellos debían de tener poco más de cuarenta años. El tercero, más grueso, más calvo y de más edad, quizá cerca de los sesenta, dijo de pronto:

—De manera que usted es el tal Cavanagh que nos ha estado tocando los cojones todo este tiempo.

—Sí. Y ustedes son los tres cerdos capitalistas que hasta esta mañana estaban en la mansión de Mar del Plata tramando crímenes. Ya me enteré de su marcha en un yate, pero se me dio a entender que los cerdos abandonaban la jugada y se iban en busca de otra pocilga.

—Tiene usted una lengua muy desvergonzada, gringo —dijo otro de los elegantes.

—Sí. Pero no soy un cerdo.

—¿No? ¿Y qué son todos los espías, sino cerdos? —Dijo el obeso de más edad, señalando al torturado contacto de Cavanagh—. Vea a

su amigo, convertido en todo un cerdo. Parecía que estaría de nuestra parte, pero de pronto se revuelve y nos traiciona con la CIA.

—Con la CIA no —aclaró Cavanagh—: él ha hecho lo que ha hecho para impedir que ustedes apoyen con su dinero esa revuelta armada que sólo puede traer un gran luto nacional a Argentina.

—Hermosas palabras —rio el tercer sujeto elegante—, pero me suenan a profundamente estúpidas.

—Ya.

—Bien, no parece que la conversación deba prolongarse —dijo el obeso—. Sólo queríamos conocerlo antes de eliminarlo, y ya lo hemos conocido. Aunque… tal vez podríamos llegar a un acuerdo, Cavanagh.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Entendemos que usted no está solo en Buenos Aires, naturalmente. Tuvo el buen criterio de alejar de la zona a sus hombres habituales, pero sabemos que le ha llegado una ayuda… especial, y sabemos también que un gran patriota, ese loco de Diosdado, le ha estado guiando en algunos detalles. ¿Es correcta nuestra información?

—Esa pregunta hágansela a sus informadores.

—Se la hacemos a usted. Y si la contesta, reconsideraremos lo de su eliminación.

—¿Está hablando en serio? —entornó los ojos Cavanagh.

—Le juro que sí.

—Bien, en ese caso yo sería un tonto si no aprovechara la ocasión de seguir viviendo. A fin de cuentas, mi vida…

La súbita acción del espía norteamericano sorprendió y escalofrío a todos los presentes: nadie supo cómo apareció la navaja en su mano derecha, pero sí oyeron todos el chasquido del muelle que liberó la hoja.

El hombre que le había quitado la pistola a Cavanagh gritó al comprender las intenciones de éste. Eso fue todo lo que tuvo tiempo de hacer. Al instante siguiente Cavanagh le había degollado de un tajo bestial que casi le arrancó la cabeza, y mientras tanto lo asía por la ropa con la mano izquierda, y, girando, lanzaba su cuerpo contra los otros matones.

El cadáver degollado giró soltando un enorme chorro de sangre, y fue a impactar contra dos de sus compañeros, que gritaron y

pararon el golpe con ambas manos. El otro apuntó con su pistola a Cavanagh, que corría hacia la puerta, y disparó.

Plop, chascó el silencioso disparo.

Cavanagh gritó, giró sobre sí mismo, y efectuando ese giro terminó de salir de la sala y cayó de espaldas al suelo. Se revolvió velozmente, y vio salir de la sala a toda prisa al sujeto que acababa de herirle, y que, por supuesto, quería rematar su obra.

Cavanagh le lanzó la navaja. El hombre lanzó un bramido, dejó caer la pistola, y se llevó las manos al ojo derecho, donde se había hundido la hoja de acero. Cavanagh intentó ponerse en pie, gritando al conseguirlo. El dolor en su cadera era espantoso. Oía los pasos de los otros dos acercándose. Se dejó caer hacia la puerta del apartamento, la abrió, y salió…, para caer rodando escalones abajo, y pegándose un fuerte golpe en la cabeza al llegar al final.

—¡… jo de puta! —Oyó.

Se agarró a no supo qué parte de la puerta, se puso de nuevo en pie, encontró al pomo, y abrió.

Salió a la calle dando tropezones y oyendo tras él el rápido descenso de los escalones por parte de los dos sujetos.

Tropezó de nuevo, cayó de bruces, y se revolvió hacia el edificio. Vio salir a los dos sujetos, pistola en mano. Ellos le vieron también a él inmediatamente, movieron sus armas… El de la derecha hizo una cosa muy rara: de pronto, se sentó. Sí, sencillamente se sentó, y enseguida cayó hacia atrás golpeando con su cabeza contra el sucio suelo, produciendo un escalofriante sonido de melón que se rompe.

El de la izquierda gritó, dejó caer la pistola, y se llevó las dos manos al cuello, retirándolas enseguida y mirándolas como atónito al verlas chorreando sangre. Luego miró hacia la derecha y un poco más allá de donde estaba Cavanagh. Éste también miró hacia allí, y vio a Brigitte Montfort, a cinco o seis metros de él, con el brazo extendido…

Plof, oyó ahora Cavanagh, al tiempo que veía aquel relámpago de fuego en la mano de Brigitte.

El sujeto herido en el cuello anteriormente recibió el balazo en plena frente, giró, y cayó de bruces como un muñeco.

Brigitte ya estaba junto a Cavanagh, tendiéndole la mano, y él reaccionó, se asió a ella, y consiguió ponerse en pie.

—¿Hay más? —inquirió Brigitte.

—Tres más —jadeó el herido—, pero no son de armas…, son los que estaban… en la mansión de Mar del Plata…

—Ajá. Vamos hacia esa valla, pasaremos al otro lado.

Cavanagh la miró con expresión desorbitada. Ella se había pasado el brazo de él por encima de los hombros, y prácticamente lo llevaba en volandas hacia la valla, en la cual lo dejó apoyado. Cavanagh se asió al borde, y de un tirón se encontró de vientre sobre el borde de la valla. Brigitte Montfort ya estaba junto a él, ágil y veloz como una gata. Cavanagh giró, y quedó colgado al otro lado de la valla. Emitió un sordo quejido, y se dejó caer sentado.

—No puedo —jadeó—… ¡No es por el dolor, es… es que la pierna no me obedece…! ¡Me han metido una bala en la cadera!

Brigitte se había acuclillado ante él, y contempló su rostro crispado y bañado en sudor.

—¿Podrá permanecer solo un minuto? —inquirió.

—¿Qué…? ¿De qué habla?

—Permanezca en silencio.

Brigitte saltó de nuevo la valla, regresando a la calle de las Ánimas. No había nadie a la vista. Si alguien había visto u oído algo debía de juzgar más prudente permanecer en su cuchitril. Perfecto.

La espía entró corriendo en el edificio donde habían tendido la trampa a Cavanagh, y subió el tramo de escalones como en un solo salto. En un instante estuvo dentro del apartamento y alcanzó la puerta de la sala.

Dentro de ésta, los tres hombres que se habían vuelto al oír las pisadas se quedaron contemplándola estupefactos. Uno de los dos más jóvenes todavía sostenía en la diestra la pistola con la que acababa de asesinar fríamente al contacto de Cavanagh. Y tras el instante de estupefacción comenzó a apuntar a Brigitte.

Plof, disparó ésta, metiendo la bala en el cerebro del sujeto.

Los otros dos abrieron mucho los ojos, y el de más edad alzó ambas manos.

—Espere —jadeó—, podemos entendernos bien…

Plof, plof, disparó la joven espía norteamericana.

Cuando salió de la casa, no quedaba nadie con vida en ésta. Saltó la valla una vez más, cayendo en silencio junto a Cavanagh, que la contempló a la luz de la luna menguante. Cavanagh tenía el

rostro desencajado y ahora como si acabaran de verterle encima un cubo de agua, tan copiosamente transpiraba.

La joven espía se acuclilló ante él.

—¿Le gusta bailar el tango? —preguntó sorpresivamente.

—Nunca… me ha gustado… bailar nada…

—Menos mal, porque me parece que con lo de hoy tendría usted para tiempo sin bailar.

Cavanagh asintió. Se sentía como flotando.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

—Nada especial: he hecho mi trabajo.

Buenos Aires

Le pareció que regresaba de un mundo aparte, incluso de otra vida. Todavía flotaban en su mente los últimos pensamientos, los últimos recuerdos.

Buscó con la mirada a Brigitte, y la vio sentada en el sofá, mirándole. Como siempre desde que se conocieron en Argentina, ambos espías se entendieron con una mirada. Cavanagh supo que Brigitte sabía lo que él había estado recordando…, más bien reviviendo que recordando. La memoria es un mecanismo prodigioso.

Un doloroso pinchazo recordó a Cavanagh que estaba herido. Miró su pierna.

—¿Quiere que le ayude a ponerse otros pantalones? —se ofreció Brigitte.

Cavanagh negó con un simple gesto. ¿Qué importancia podía tener que él tuviera una pierna vendada y al descubierto? Brigitte tenía que saber esto muy bien, de donde se desprendía que incluso ella podía tener a veces reacciones tontas y absurdas ante situaciones comprometidas…

¿Realmente?

El veterano espía miró de nuevo a Brigitte, y la vio todavía contemplándole fijamente. Cavanagh comprendió. Claro que Brigitte no había tenido una reacción tonta y absurda: sencillamente, si ella le había ofrecido proporcionarle otros pantalones era por algo mucho más importante que ocultar su pierna herida…

El timbre de la puerta sonó por tres veces.

—Ahí está Roenbeck —exclamó Kimiun.

—Ve a abrir —movió la cabeza Ottobermayer—. ¡Pero asegúrate de que son ellos!

—Claro.

Kimiun abandonó la sala. En la distancia se oyó el chasquido de una puerta, unas voces. Kimiun reapareció, precediendo a dos hombres de facciones acusadas, ojos claros y cabellos lacios. Su tez era muy blanca, como de papel. Miraron a Ottobermayer y luego, con suma atención y fijeza, a Brigitte Montfort. Detrás de los dos lituanos entró Roenbeck, que localizó a Ottobermayer, se acercó rápidamente a él, y le cuchicheó unas palabras al oído. Ottobermayer asintió, miró a los lituanos, y les habló en ruso:

—Dejen de preocuparse —dijo—. La situación está bajo nuestro control, y es posible que lo que a ustedes les parece una complicación nos sirva para garantizarnos el logro del trabajo.

—Hay demasiada gente metida en esto —replicó el lituano más alto—. Queríamos una cosa más discreta, Ottobermayer.

—Tengo en la mano todos los triunfos necesarios para conseguir el éxito final, dejen de cavilar.

—Pues si tiene todos los triunfos no entiendo por qué nos ha hecho venir aquí.

—Porque ustedes pagan, ustedes mandan, y quiero que sean ustedes los que den la orden definitiva de llevar adelante mi plan final.

Los dos lituanos se miraron. El más alto suspiró, fue a sentarse en un sillón, y encendió un cigarrillo. De pronto, volvió a mirar a Brigitte.

—¿Nos conoce usted? —inquirió, hablando ahora en inglés.

—Sí.

—¡¿Nos conoce?! —Se sobresaltó el hombre.

—Usted es Kilmo Zeraw, y su compañero es Olno Vierko.

Los dos lituanos parecían al borde del desmayo.

—¿De qué… nos conoce? ¿De cuándo, de dónde? —masculló por fin el llamado Olno Vierko.

—No hace mucho una persona propuso al servicio secreto británico la eliminación de cinco personajes de la política y la industria lituana. Entre esos cinco personajes que debían ser eliminados estaban ustedes dos. Vi sus fotografías y leí sus nombres.

—¿Y quiénes eran los otros tres?

Brigitte sonrió secamente, y eso fue todo. Kilmo Zeraw frunció el ceño.

—Está usted mintiendo —susurró.

—Si usted lo dice…

—¿Qué persona propuso al servicio secreto británico que nos eliminara?

—No lo sé…, pero evidentemente tenía sus razones. Deduzco que ustedes dos y los otros tres ya representaban una amenaza para resolver las cosas con buenos modales.

—Llevamos más de cincuenta años de buenos modales con los rusos —gruñó Olno Vierko.

—Les comprendo. Pero no estoy de parte de sus procedimientos.

—Ya. Estoy seguro de que fue alguien de la KGB quien fue a proponerle esa jugada al servicio secreto británico, supongo que a cambio de cualquier otra cabronada que los rusos habrían hecho en favor de los ingleses. Pero… ¿cómo sabe usted que al servicio secreto británico le propusieron que nos eliminase?

—Tengo en ese servicio buenos amigos que me informan de muchas cosas…, y me proponen otras. El servicio secreto británico no podía en ese momento atender una acción de tanta envergadura, y se me propuso estudiar el asunto y, si me parecía conveniente, planear y dirigir los asesinatos de ustedes cinco. Le dije a mi amigo que el asunto ni siquiera merecía mi atención.

—¿Por qué?

—Porque no es momento de andar cometiendo asesinatos políticos, sino de dialogar, y mi amigo dijo que, en realidad, así lo había pensado él, pero que había querido conocer mi opinión al respecto. Y se la di: dialogar.

—Ya. O sea, lo que están haciendo Bush y Gorbachov, ¿no es eso?

—Exactamente eso es.

—Seguro que están decidiendo en beneficio de ellos el destino de Lituania.

—No sea absurdo. Lituania, Letonia y Estonia son sólo tres pequeños puntos problemáticos en el futuro de la Unión Soviética, yo diría que casi insignificantes si los comparamos con los otros problemas que están comentando Bush y Gorbachov.

—¿Usted sabe de qué están hablando ellos? —intervino Olno Vierko.

—Por supuesto.

—¿De qué están hablando? —indagó Kilmo Zeraw.

Se vio claramente que la señorita Montfort titubeaba antes de contestar:

—Eso no quiero decirlo.

—¿Cómo que no quiere decirlo? —Se pasmó Olno Vierko—. ¡Podemos matar a sus hijos si se niega a colaborar con nosotros, señorita Montfort!

—Está bien.

—¿Está bien? —Al lituano se le salían los ojos de la cara—. ¿Le parece a usted bien que matemos a sus hijos?

—No. Pero yo tengo que respetar los deseos del hombre que amé y me amó, del padre de mis hijos. Él tenía razón: yo no podía ser una espía del nivel que ya entonces se veía en mí y tener al mismo tiempo puntos vulnerables, como habrían sido dos hijos. Él decidió que yo debía dedicar mi vida a evitar cosas como las que en aquel tiempo pretendían tres sujetos en Argentina, cosas como las que tantos han pretendido en todos los tiempos, cosas como las que pretenden ustedes ahora… Él sacrificó su amor por mí y mi amor por mis hijos para que yo pudiera dedicarme a darles su merecido a gentes como ustedes… No voy a defraudarlo ni siquiera ahora, que ya está muerto.

—Entonces… ¿antes que decirnos de qué están hablando Bush y Gorbachov permitirá que matemos a sus hijos?

—Yo no he dicho eso —sonrió de un modo escalofriante Baby.

—¿No? ¿Qué ha dicho?

—He dicho que no pienso decirles lo que quieren saber. Pero de eso a permitir que maten a mis hijos hay un abismo. Y si quieren saber de qué hablo, inténtenlo.

Excepto Cavanagh, todos los presentes miraban a Brigitte Montfort absolutamente fascinados, además de incrédulos. Por fin, Héctor murmuró:

—Ahora comprendo lo que quería decirnos papá cuando aseguraba que tú sabías muy bien qué hacer con tu vida. Lo que tú quieres hacer con tu vida es algo por lo que valga la pena vivirla… Y nada mejor que vivirla con dignidad, sin temor a nada y con

generosidad hacia el prójimo.

—Tengo dos hijos inteligentes —sonrió Brigitte Baby Montfort —, he escrito muchos artículos, reportajes y varios libros…, ya sólo me falta plantar un árbol para que mi paso por esta vida no haya sido en vano.

—¡Mamá, eres extraordinaria! —rio Bridget—. ¡Con todo lo que tú has hecho se te puede disculpar que no hayas plantado un árbol!

—Sin embargo, me gustaría hacerlo. —La divina espía frunció el ceño—. Y no comprendo por qué no lo he hecho todavía, pues oportunidades las he tenido en abundancia. Podría haberlo hecho en Villa Tartaruga, por ejemplo. Y es curioso que no lo haya hecho… He plantado rosales, he abonado y regado césped, he cuidado palomas mensajeras y he limpiado su jaula…, pero nunca se me ocurrió plantar un árbol.

—Estabas demasiado ocupada.

—No… No ha sido por eso. Simplemente, al creer que no tenía hijos debí de pensar inconscientemente que tampoco era necesario plantar un árbol. Pero ahora lo haré.

—¿Ahora? —Sonrió Héctor—. ¿Cuándo, mamá?

—Oh, pronto.

—En nuestra hacienda podrías plantar miles y miles de árboles —dijo Bridget—. Aunque no sé…, mucho nos tememos que está llena de petróleo, y quizás algún día tengamos que decidirnos a extraerlo y dejar el negocio del ganado. Ya hay suficiente ganado en Argentina.

—Para emprender una explotación petrolífera hace falta mucho dinero —recordó Héctor—, y nosotros tenemos mucha tierra, pero no mucho dinero, Bridget.

—Yo sí tengo —dijo Brigitte—. Por dinero no preocuparos, que tendréis el que haga falta. Por supuesto, a cambio de un porcentaje en los beneficios.

—¡No puedo creer que tú seas tan interesada con tus hijos!

—No es por codicia. Es que ya financio y dirijo una… organización dedicada a luchar contra el mal, la L. O. U., y me gustaría poder financiar también una fundación para luchar contra la ignorancia de la Vida en todo el mundo. Y eso requiere mucho dinero.

—O sea, que no quieres beneficios para ti.

—¿Para mí? —Rió la espía más peligrosa del mundo—. ¡Cariño, yo puedo ir a cualquier rincón del mundo, decir quién soy, y ser más agasajada que una reina! ¡Cielos, no necesito nada para mí, tengo mucho más de lo que podré necesitar en toda mi vida, aunque llegase a vivir millones de años…!

—Me parece que no serán tantos —gruñó Ottobermayer.

Todos le miraron. Los matones de Ottobermayer parecían petrificados. Kilmo Zeraw y Olno Vierko regresaron sus miradas a Brigitte, fascinados.

—Usted es un personaje para la Historia —murmuró Vierko—, pero…

—Me gustó más lo que dijo míster Cavanagh antes: una espía para la eternidad.

—¿Y eso por qué?

—Porque la Historia puede ser falseada por los hombres, y en cambio la eternidad es inalterable y contiene siempre la verdad.

—Vivir con usted tiene que ser todo un privilegio —susurró Olno Vierko—, pero nosotros estamos ahora metidos en ambiciones más a nivel de mortales corrientes, y queremos que usted colabore.

—De acuerdo.

—¿Va a hacerlo? —Exclamó Ottobermayer—. ¡Pero antes se ha negado!

—Me he negado a asesinar a Bush y a Gorbachov, no a colaborar en la prosperidad, libertad y felicidad de Lituania. Son dos cosas muy diferentes.

—¿Qué puede hacer usted por Lituania? —La miró intensamente Kilmo Zeraw.

—Más que usted.

Kilmo Zeraw apretó rabiosamente los labios. Olno Vierko sonrió con dureza, y dijo:

—Usted, señorita Montfort, se está excediendo en abusar de nuestra paciencia y condescendencia.

—Veamos: ¿ustedes realmente creen que sería hacer algo bueno por Lituania conducirla a la guerra, la destrucción y la muerte…, para terminar de todos modos sometida de nuevo a la Unión Soviética?

—¡Tenemos derecho a intentar nuestra libertad…!

—De acuerdo. Pero olviden los asesinatos y las revueltas

armadas. Hay caminos mejores, que sólo precisan de inteligencia y paciencia para ser recorridos.

—Ya. Está bien, díganos qué haría usted…, díganos qué es lo que usted puede hacer por Lituania.

—Lo haré con mucho gusto…, si antes atendemos a míster Cavanagh como es debido. Le está sangrando demasiado la herida, de modo que quiero que lo atienda un médico. Y cuanto antes.

—Ni lo sueñe.

—Pues no hay trato. No les diré nada.

—No queremos que nadie más venga a esta casa.

—Puedo llamar a un amigo médico que no les complicaría la vida. Vive en un pueblo, ya jubilado, y hace muchos años que nos conocemos. Si le pido un favor discreto me lo hará. Podría estar aquí en poco más de una hora.

Los lituanos observaban cada vez más fascinados a la espía internacional. De repente, uno de ellos se puso en pie, le hizo una seña al otro, y ambos se retiraron a un rincón, donde estuvieron cuchicheando durante un par de minutos. Luego volvieron a sentarse, y Kilmo Zeraw dijo:

—Le vamos a hacer una contraoferta: nosotros permitimos que venga ese viejo médico amigo suyo para curar a míster Cavanagh, y usted nos explica su… solución al asunto de Lituania. Si esa solución nos parece bien, estupendo, ya que todo terminará bien para todos sin más complicaciones. Pero si no nos gusta su propuesta pacífica, usted irá a asesinar a Bush y a Gorbachov.

—De acuerdo.

—La vemos muy segura. Ha aceptado enseguida.

—Es que sé que mi oferta les convencerá.

—Muy bien —Kilmo Zeraw señaló el teléfono—: llame a su amigo médico. ¿Dónde vive?

—En Ottsville, una localidad pequeña situada a unas cincuenta millas de aquí.

La mirada de Cavanagh estaba fija en Brigitte. Ni él mismo, que la conocía tan bien, podía creer lo que ella estaba tramando. Cerca de dicha pequeña localidad, en una granja discreta y de aspecto apacible, la CIA tenía una base ultrasecreta para emergencias internas, es decir, para actividades comprometidas e inesperadas. Llamar allá no dejaba de ser un intento de solución al problema en

el que se hallaban él, Brigitte y los dos hijos de ésta, pero… no era una solución del estilo sutil y generalmente cuidadoso que solía distinguir a la mejor espía del mundo.

No obstante lo cual, y vigilada por Ottobermayer, la señorita Montfort estaba comenzando a marcar un número de teléfono.

* * *

Dentro de la camioneta de escucha, Spolka, Bekno y Sigmund estaban estupefactos y, además, aterrados. Los tres oían perfectamente el girar del disco telefónico.

—¡Se lo está permitiendo! —Exclamó por fin Bekno—. ¡La está dejando hacer una llamada!

—Esa mujer es una bruja —jadeó Sigmund—… ¡Es una maldita bruja que los está manipulando a todos!

—Eso no puede ser —murmuró Spolka—. Ellos no pueden ser tan tontos, de modo que por fuerza están tramando algo. ¡Ellos la engañarán a ella! Estoy seguro de que están tramando algo.

Hubo unos instantes de silencio, de titubeo, de reflexión por parte de todos. Por fin, Bekno asintió.

—Creo que tienes razón. Es imposible que sean tan imprudentes, de modo que están tramando algo. Pero quiero asegurarme de ello…, y creo que ya ha llegado el momento de que vayamos allá a advertirles que, en general, esa mujer les está lavando el cerebro. Ve tú mismo, Spolka. Y diles que nos autoricen a ir en busca de un par de radios de bolsillo, para entregarles una y quedarnos nosotros otra. Ve con cuidado.

—¿Con cuidado? ¿Qué quieres decir? —Casi rio Spolka—. ¡Nunca he conocido lugar más tranquilo que esta zona residencial!

Salió de la camioneta, cerrando las dos puertas de atrás. Sigmund y Bekno atendían de nuevo los servicios de escucha. Había terminado de oírse el timbre del teléfono, pues alguien atendía la llamada:

—¿Sí? —Sonó una voz masculina, bien timbrada.

—Hola. Soy Brigitte Montfort y quiero hablar con el doctor Pitzer.

La pausa de silencio fue brevísima, apenas perceptible.

—El doctor Pitzer no está en este momento.

—¿Y usted quién es?

—Jerry, un vecino del doctor. He venido a hacerle una consulta.

—Pero… ¿dónde está él? ¿Por qué está usted atendiendo su teléfono?

—Bueno —se oyó una risita—, la verdad es que el doctor Pitzer está en el cuarto de baño, ¿comprende? Si se espera un poco podrá hablar con él. ¿O prefiere volver a llamar más tarde?

—No, no, si sólo es eso prefiero esperar. Pero vaya a decirle que le llama Brigitte, ¿quiere ser tan amable?

—Encantado. Aguarde un momento.

Silencio. Sigmund y Bekno se miraron. Todo normal.

Afuera, en la avenida, Spolka caminaba en dirección a la casa de Cavanagh, que veía desde allí. Se volvió para asegurarse de que desde aquella dirección la camioneta supuestamente perteneciente al servicio técnico de una empresa telefónica, no podía ser vista.

Desde luego que no. Perfecto.

Fue entonces cuando vio el automóvil que le estaba dando alcance, llegando por detrás de él. Miró hacia el interior, donde al parecer sólo había una persona, el conductor. El coche seguía acercándose a él. Spolka lo miró de reojo. Por supuesto, esperaría a que aquel automovilista se hubiera alejado antes de acercarse a la casa de míster Cavanagh…

Se dio cuenta de que el coche se había detenido. Volvió la cabeza con indiferencia, y miró al conductor. Vio aquel rostro que parecía de piedra, los negros ojos duros como la muerte, y, frente al rostro, la pistola provista de silenciador, apuntándole a él.

—Venga aquí —dijo el impresionante personaje.

Spolka se pasó la lengua por los labios, y dirigió una veloz mirada de reojo hacia la camioneta…, que no podía ser vista desde allí, pero desde la cual sus compañeros tampoco podían darse cuenta de lo que ocurría. La mirada del desconocido le dijo a Spolka que si no obedecía en el acto lo iba a matar, así que reaccionó rápidamente, acercándose al coche.

El desconocido giró en el asiento, siempre dándole frente.

—Entrégueme su arma y pase al asiento de atrás —ordenó.

Spolka asintió, y obedeció mansamente, sin buscar complicaciones. ¿Para qué, si podía resolver el asunto de otra manera?

Llevaba un pequeño cuchillo metido en el calcetín del pie derecho. Sólo tenía que entrar en el coche, sentarse, y con el mismo gesto obligado un poco hacia delante, sacar el cuchillo y clavárselo a aquel sujeto en la nuca…, o degollarlo, si permanecía de frente a él vigilándolo.

Podía sorprenderlo con toda facilidad. De modo que entró en el coche, se sentó inclinándose un poco, sus dedos asieron el corto y sólido puñal, alzó la mirada para buscar el lugar donde debía clavar su arma…, y vio fija en él, expresando cruel sarcasmo, la negra mirada del desconocido. Al mismo tiempo vio ante sus ojos la boca del silenciador de la pistola.

Plop, chascó el arma.

La bala se hundió en el entrecejo de Spolka con limpia perforación craneal, pero causando tremendos destrozos al salir por la coronilla llevándose una buena porción de masa cerebral y ocasionando una gran salpicadura de sangre, trozos de cráneo y la misma masa encefálica en toda aquella parte del coche.

El sujeto quedó grotescamente sentado. Número Uno lo agarró por la ropa y lo deslizó entre ambos asientos. Guardó la pistola en la funda axilar, se alejó un poco de allí, detuvo el coche bajo la sombra de una hermosa acacia, y se apeó. Abrió el maletero, sacó del asiento de atrás el cadáver de Spolka, y lo metió dentro, sin preocuparse por la posibilidad de ser visto. Del mismo maletero sacó un trapo, con el que procedió a limpiar las manchas de sangre más aparatosas y visibles de la parte de atrás del coche.

Cerró el maletero, cerró el coche con llave, se aseguró de que no se veían manchas de sangre, y se alejó.

Apenas dos minutos más tarde pasaba justo por delante del chalé de Cavanagh. Continuó adelante, impávido. Llegó a la esquina tras la cual estaba la camioneta, la dobló, y vio la camioneta. Se encaminó directo hacia ella, mirando hacia la cristalera de aquel lado como si pudiera ver a los dos hombres que, sin duda, le estaban viendo a él. Hizo señas de que iba a la parte de atrás de la camioneta, y continuó caminando, siempre inmutable. Llegó ante la doble puerta de la parte de atrás, y se detuvo.

La doble puerta se abrió, y Sigmund quedó visible, mirando expectante a aquel desconocido que, no obstante, él debía interpretar que formaba parte de su grupo, si no directamente

contratado por Ottobermayer, sí quizá por los lituanos.

Número Uno ni siquiera dio tiempo a Sigmund a preguntar nada. Sacó la pistola, le metió una bala en el corazón, y subió rápidamente, con tal aplomo y seguridad de movimientos que cuando Bekno quiso reaccionar tenía la boca de la pistola a dos palmos de su rostro.

En aquel mismo instante se oía por el pequeño altavoz del sistema de escucha la voz de Brigitte Montfort:

—De ninguna manera. No les diré nada de todo eso hasta que haya llegado aquí el doctor Pitzer y le hayan permitido curar la herida de míster Cavanagh.

El rostro de Número Uno se relajó, un suspiro escapó de su pecho. Su mirada pareció perforar las dilatadas pupilas de Bekno. Hizo un seco gesto con la cabeza hacia las puertas.

—Ciérralas y vuelve aquí. Luego, puedes elegir entre explicarme todo el asunto y cómo están las cosas en este momento o que te meta una bala en tu podrido corazón. ¿Me has comprendido?

—¡… más de una hora! —protestaba una voz masculina.

* * *

—Tal vez tarde más de una hora, en efecto —replicó Brigitte a Kilmo Zeraw—, pero lo esperaremos.

—Está bien —se conformó de mala gana Kilmo Zeraw—. Pero recuerde que si en todo esto hay algún truco sus hijos serán los primeros en morir.

—No hace falta que me lo recuerde más. Voy a ver si consigo evitar que míster Cavanagh pierda más sangre.

—Déjame ayudarte, mamá —se puso en pie Bridget.

* * *

Número Uno, que parecía no haber entendido el significado de las palabras «sus hijos», pareció recibir ahora un golpe en la cabeza al oír la voz de la muchacha. Parpadeó, y se quedó mirando como aturdido a Bekno.

—¿Quién es esa mujer que acaba de hablar? —inquirió.

—Se llama Bridget. Es hija de la señorita Montfort.

Número Uno no reaccionó. Ahora no se oía nada. Brigitte y su hija debían de estar atendiendo la herida de Cavanagh.

La hija de la señorita Montfort.

La hija de Brigitte Montfort.

La hija de Brigitte.

—¿Quién es usted? —inquirió Bekno; y añadió, como quien teme acertar en la respuesta—. ¿Número Uno?

—Sí.

Bekno cerró los ojos, y decidió olvidarse de cualquier «genial» intento de sorprender a aquel hombre. Hacía años que oía hablar de Número Uno, y sabía que, en efecto, era el número uno allá donde se presentase, tanto si se trataba de una cuestión de simple cariz mercenario o aventurero como si se trataba de espionaje. Sobre todo si se trataba de espionaje, lo mejor era no enfrentarse jamás a él. Provocarle era una estupidez. Bekno sabía que la única posibilidad que tenía de sobrevivir a aquel encuentro era no irritar al tigre.

—Pero ese hombre ha hablado de «hijos» —susurró Uno—… ¿Qué ha querido decir? Hijos… ¿de quién?

—De ella. De Brigitte Montfort. Tiene dos hijos gemelos, hembra y varón. Los dos están ahí, en la casa de Cavanagh.

Número Uno se sentó en una de las sillas frente a los aparatos. El silencio persistía.

Oyó de pronto un gemido de Cavanagh.

—Mamá, sería mejor que lo llevásemos a una cama —sonó de pronto una voz masculina.

—¿Sabe? —Dijo de pronto Bekno—: la señorita Montfort es la agente Baby. Todo está grabado aquí, todo explicado, desde que ayer llegaron sus hijos a la casa de Cavanagh.

La mirada del mejor espía masculino de todos los tiempos quedó quieta, como congelada, negra como la más oscura noche. Apoyó la boca del silenciador sobre el corazón de Bekno y apretó el gatillo.

* * *

—Ya ha pasado la hora —dijo Kilmo Zeraw, tras consultar su reloj de pulsera.

—No puede tardar —aseguró Brigitte—. Ya le oyó decirme por teléfono que venía inmediatamente.

—Sí…, le oí —murmuró el lituano.

Cavanagh, todavía tendido en un sillón, se sentía como adormecido, pero de cuando en cuando hacía un tremendo esfuerzo de voluntad para permanecer consciente. No podía permitirse el lujo de desvanecerse. Aunque… ¿de qué le servía estar consciente? No podía hacer nada, no podía ayudar en nada. Brigitte tenía razón: él tenía vocación de cojo. Las dos únicas veces que le habían herido, en tantos años de espionaje, y había sido en las piernas. Chocante.

Miró a Brigitte, que le contemplaba con mal disimulada preocupación. Míster Cavanagh comprendió que la herida de su pierna iba tomando mal cariz… ¡El doctor Pitzer! Evidentemente, Brigitte había recurrido a la base ultrasecreta para darse a conocer y pasar informe de la situación: en aquellos momentos, la CIA sabía que algo estaba ocurriendo en el domicilio particular de su jefe del Grupo de Acción, el cual se hallaba herido de bala en una pierna «debido a un tonto accidente», como había advertido Brigitte al «doctor» Pitzer.

La actuación de Brigitte había sido magistral…, y la de los hombres de la base de Ottsville también: habían recurrido a uno de los agentes que trabajaban allí, sin duda el de más edad, para que hablase con Brigitte haciéndose pasar por Pitzer.

¿Y el verdadero Pitzer? Por supuesto, ya debían de haberle pasado el mensaje a Nueva York, a su escondrijo en la floristería de la Calle Cuarenta y Dos: la agente Baby ha llamado pidiendo la ayuda del doctor Pitzer para que atienda de una herida de bala en el muslo a míster Cavanagh; ambos se hallan en el domicilio privado de míster Cavanagh, se ignora en qué situación y condiciones reales.

Es decir, que en aquellos momentos Pitzer ya había tomado la dirección del asunto…

—Si ese médico se retrasa más de quince minutos —dijo de pronto Olno Vierko— usted tendrá que empezar a explicarnos su plan para solucionar esto.

Brigitte no contestó.

Se estaba preguntando dónde podía estar Número Uno en aquel momento.

* * *

Número Uno miró su reloj.

Quince minutos.

Sí, quizás en esos pocos minutos tuviera tiempo de llegar el «doctor» Pitzer, el cual, sin duda, se había trasladado desde Nueva York en el helicóptero más rápido que hubiera podido encontrar.

Muy bien, quince minutos.

Si en ese tiempo Pitzer no llegaba, él iría a la casa de míster Cavanagh.

Catorce minutos más tarde, mientras escuchaba la escasa e inexpresiva conversación que se sostenía en el chalé de Cavanagh, Número Uno creyó estar viendo visiones de pronto. A través del cristal especial que impedía que él fuese visto desde el exterior, vio pasar un motorista: Frank Minello.

En un instante, el motorista quedó fuera de su ángulo visual, en dirección a la casa de Cavanagh. Número Uno parpadeó. No podía ser.

—Maldita sea —masculló—… ¡Claro que puede ser!

Sin más, salió rápidamente de la camioneta.

* * *

El motorista detuvo la motocicleta justo delante del chalé de míster Cavanagh, saltó ágilmente, agarró el portafolios que había llevado sujeto en el dispositivo especial del manillar, y se dirigió hacia la casa. Subió al porche y pulsó el timbre.

* * *

—¡Ahí está por fin! —Exclamó Roenbeck—. ¿Abro la puerta?

—Vamos los dos —dijo Ottobermayer—. Quiero echar antes un vistazo a la calle por la ventana.

Salieron los dos de la sala. Brigitte se acercó a Cavanagh, y le pasó una mano por la frente. Fuera de la sala todo era silencio. En ese silencio se oyó la puerta al ser abierta. Enseguida, una exclamación de sorpresa, y a continuación la bronca voz de

Ottobermayer, diciendo algo que ni siquiera el fino oído de Baby pudo distinguir. Luego se oyeron pisadas. Reaparecieron Roenbeck y Ottobermayer…, con las pistolas empuñadas y llevando por delante, brazos en alto, a Frank Minello, que al ver a Cavanagh y en qué estado se hallaba respingó fuertemente.

Ni míster Cavanagh, ni Brigitte, ni los hijos de ésta (que por supuesto sabían perfectamente quién era Frank Minello y lo que significaba para Brigitte) daban crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Jefe! —Exclamó Minello, mirando alarmado a Cavanagh—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Qué es lo que pasa?

—¿Quién demonios es este tipo? —indagó hoscamente Olno Vierko.

—Es un empleado de la CIA, uno de los oficinistas de Cavanagh, que ha venido a traerle unos documentos —explicó Ottobermayer, alzando el portafolios—. No lleva armas, ni nada especial, sólo su billetera.

—¿Y quiénes demonios son ustedes? —Se enfadó Minello—. Vamos a ver: cinco tipos y una rubia que no conozco, un par de jóvenes de ojos azules, el jefe, la señorita Montfort… Hola, señorita Montfort.

—Hola, Frankie —saludó resignada la divina espía.

Minello iba a decir algo más, pero, de pronto, quedó como petrificado, con la expresión de quien recuerda que ha visto algo que no puede ser verdad. Luego, muy despacio, como quien teme encontrar ante sus ojos una visión increíble, los hizo girar para mirar de nuevo a Bridget y a Héctor. Miró a Héctor, miró de nuevo a Bridget, y finalmente volvió a mirar a Brigitte.

—Pero… pe-pero si ella y tú… usted… son… iguales…

—Es mi hija, Frankie. Y él es mi hijo. Se llaman Héctor y Bridget Diosdado.

Frank Minello cerró los ojos, aspiró hondo, volvió a abrir los ojos, y fue a dejarse caer en un sillón. Kilmo Zeraw, que había abierto el portafolios y había echado un vistazo a los papeles que contenía, miró encolerizado a Minello.

—¿Qué tontería es esta? —masculló—. ¡Esto es un reportaje deportivo mecanografiado!

—¿Eh? —Lo miró Frankie—. Ah, sí. Es un informe en clave, para que el jefe dé su visto bueno. Como no aparecía por el despacho, y

yo ya me iba a casa… Me parece que me he metido en un lío.

—¿Seguro que no lleva armas? —Gruñó Olno Vierko.

—Seguro —dijo Ottobermayer.

Kilmo Zeraw, que había estado examinando la billetera de Frank Minello, dijo:

—Aquí dice que es periodista, y está acreditado como tal. No dice nada de que sea empleado de la CIA.

—Es mi tapadera —dijo Minello—: la de periodista deportivo. Por eso he inventado una clave secreta utilizando artículos y reportajes deportivos, y quería que el jefe la aprobara.

Brigitte Montfort cerró un instante los ojos, como encomendándose al cielo. Los abrió de golpe al oír decir a Olno Vierko:

—Llevaos a este tipo a la cocina, o a cualquier sitio, y liquidadlo. No quiero…

—Nada de eso —exclamó Brigitte—… ¡Aquí no se mata a nadie! ¡Hemos hecho un trato!

—Hemos hecho un trato —asintió Kilmo Zeraw—, pero esta situación se está complicando, su amigo médico no aparece, aparece este sujeto sin armas, cosa que me sorprende en un empleado de la CIA por muy de oficina que sea, y usted sigue sin querer explicarnos su plan para…

—Lo puedo explicar ahora mismo —atajó Brigitte—… ¡pero nada de muertes!

—Está bien. Usted, Minello, permanezca ahí sentado y quietecito. Y usted, señorita Montfort, empiece a explicar su plan.

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, se hallaba en aquel momento bastante lejos de su habitual zona de operaciones.

Se hallaba, exactamente, a menos de trescientos metros del chalé de míster Cavanagh, sentado ante el volante de un discreto modelo Ford que sugería mejores tiempos y escuchando por el pequeño receptor lo que se hablaba en casa de Cavanagh.

Tenía los pelos de punta. Los pocos pelos que le quedaban, y que servían a Frank Minello para mortificarlo llamándole «viejo buitre calvo y carroñero»… Tenía los pelos de punta porque se daba perfecta cuenta de que la situación estaba muy complicada, muy peligrosa. Pero sobre todo, los tenía de punta desde que había oído

a Brigitte presentar a sus hijos a Frank Minello. Sus hijos, Héctor y Bridget Diosdado…

—Diosdado —susurró el viejo espía—… Dios mío, claro que sí: Héctor Diosdado, el argentino que intervino en aquel asunto de Buenos Aires y Mar del Plata… ¡Santo Dios!

Los recuerdos, algunos detalles de aquellos tiempos, acudieron a la memoria de Pitzer como una avalancha incontenible. Estaba tan aturdido por la revelación que por unos segundos se olvidó completamente del asunto que los tenía movilizados a todos. De pronto lo recordó, respingó, y recurrió a otra radio de bolsillo, con diferente onda, cuyo botón de llamada pulsó.

—¿Sí? —inquirió en el acto una voz varonil.

—Estén atentos. Frank Minello ya ha entrado en la casa, donde hay, con toda seguridad, seis personas hostiles, deduzco que todas bien armadas. Voy a entrar yo dentro de un par de minutos. Estén atentos a mi posible señal de asalto.

—Sí señor. ¿Ella está bien, señor?

—Por ahora, sí.

Pitzer cortó la comunicación, guardó la radio, y puso el coche en marcha. Apenas había recorrido ciento cincuenta metros cuando vio al solitario paseante que, justamente entonces, se detenía y le hacía señas.

—Claro —susurró Pitzer, como si el otro le pudiera oír—… ¿Dónde, si no, habías de estar?

Acercó el coche al paseante y frenó. Número Uno abrió la portezuela derecha, y se sentó junto a Pitzer, mirándolo aviesamente.

—¿Qué estupidez es esa de enviar a Frankie a la casa? —Gruñó —. ¡No es una situación para que intervenga una persona como él!

—Ya lo sé, pero me dijo que o le dejábamos ir como avanzadilla para asegurarse de que Brigitte está bien y permanecer junto a ella, o recurría a algunos amiguetes para conseguir bombas, lanzarlas sobre la casa, y cargarse a todos los que estuvieran dentro.

Número Uno, que estaba en verdad enfadado, sonrió de pronto, lo que causó no poco pasmo en Pitzer.

—Está bien. En realidad es una buena carta a favor de la seguridad de Brigitte. No podemos reprocharle a Frankie que esté dispuesto a morir por ella. ¿Qué sistema están utilizando usted y él?

—Antes de entrar en la casa él ha clavado en lo alto del marco de la puerta de entrada un emisor ultrasensible y con esto puedo oír perfectamente todo lo que se habla allá dentro. —Pitzer mostró el pequeño y eficaz receptor, y titubeó—. Bueno… Tengo para usted una noticia que…

—Ya sé que Brigitte tiene dos hijos. ¿Algo más?

—¿Lo sabe? ¿Cómo?

—Tengo un sistema de escucha mejor que el de usted —estiró los labios en una mueca Número Uno—. Supongo que ha dispuesto un cerco en la zona.

—Hay más de treinta hombres. Casi veinte de ellos fuera de servicio. Simplemente, sus compañeros les dijeron que Baby estaba atrapada en una trampa con Cavanagh, y acudieron a toda prisa.

—Está bien. Pero usted ya sabe que esto no se resuelve con muchos hombres armados.

—Sí —suspiró Pitzer—, ya lo sé… Pero si alguien mata a Brigitte puede estar seguro de que no escapará.

—Maravilloso consuelo —gruñó Uno—. ¿Qué se supone que ha de hacer usted?

Pitzer lo explicó. Número Uno quedó todavía más enfadado que antes.

—O sea, que seis rufianes de medio pelo, es decir, de los que en cuanto tienen problemas empiezan a soltar tiros, tienen a Cavanagh, a Brigitte, y a los hijos de ella…, y la acción que se emprende para solucionar esto es enviar a un ingenuo como Frank Minello y a un… Bien…

—¿Un anciano como yo? —Le miró Pitzer, con ojos ardientes—. ¡Mierda para usted! Puede que sea un anciano, pero todavía estoy vivo. Y mientras yo esté vivo nadie matará a Brigitte. ¿Se ha enterado?

Para nueva y gran sorpresa de Pitzer, Número Uno sonrió otra vez.

—Me parece que esa gente no saben dónde se han metido, y, sobre todo, no saben con quién se han metido… Aunque sí lo saben: saben que ella es Baby.

—Santo Dios. Pe-pero… ¿qué quiere esa gente?

—Si he entendido bien los pasajes de cinta grabada que he escuchado, quieren asesinar a Gorbachov y a Bush en Camp

David… Y quieren que sea Brigitte quien vaya a hacerlo.

Pitzer quedó lívido y mudo. Número Uno le dio una afectuosa palmada en un hombro, y se dispuso a salir del coche. El veterano espía le sujetó por una manga.

—Siento eso de haberle enviado a la mierda —murmuró.

—No se preocupe. Usted me ha enviado, pero yo no he ido. Escuche bien esto, Pitzer: les doy a ustedes media hora para que intenten resolver la situación a su manera. Si no lo han conseguido dentro de ese plazo, yo haré las cosas a mi manera. Arrégleselas para decirle esto a Brigitte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Número Uno se apeó, y Pitzer reanudó la marcha hacia el chalé de míster Cavanagh.

* * *

—Nos está tomando el pelo —gruñó de pronto Kilmo Zeraw—… ¿Ése es su plan para resolver el futuro de Lituania?

—Es mejor que el de usted —replicó Brigitte Montfort.

—¿Mejor que el mío? ¡No me haga reír! ¡Lo que usted propone es que Lituania siga bajo la bota soviética!

—Lo que yo le he dicho a usted es que debe tener un poco más de paciencia y confiar en la nueva URSS. Evidentemente, Zeraw, usted todavía no ha comprendido la jugada de Gorbachov…, ni la de Estados Unidos, claro está.

—¿Qué jugada?

—Hace muchos años la Unión Soviética tuvo que decidir entre fabricar mantequilla o fabricar cañones. Optaron por los cañones, y, como lógica consecuencia, ahora no tienen mantequilla. Cuando no se tiene suficiente dinero es imposible tener todo cuanto se desea…, pero siempre hay alguien con inteligencia y astucia para sacar provecho de la situación.

—¿De qué está hablando? —Intervino la rubia Marlene—. ¡No le entiendo ni una palabra!

—Me hago cargo —dijo amablemente Brigitte.

—¿Qué quiere decir? —Se encrespó Marlene—. ¿Que soy tonta?

—Cierra la boca —gruñó Ottobermayer—. Y usted, Baby, explíquenos bien eso. Hasta ahora, y tal como ha dicho el señor

Zeraw, usted sólo ha hablado de paz y paciencia, pero ahora nos sale con eso de la inteligencia y astucia de alguien… ¿Quién es ese alguien?

—Mihail Gorbachov.

—¿Sí? —Ironizó Olno Vierko—. ¿Llama usted inteligente y astuto a un hombre que ha venido a mendigar alimentos? Porque a eso ha venido Gorbachov, ¿no es cierto?

—Más o menos —sonrió la espía más astuta del mundo—. Pero ya le advertí a George, en cuanto supe que Gorbachov quería este encuentro, que le apretara bien las clavijas. Esto aparte, naturalmente, le pedí que aceptase negociar una abundante ayuda en alimentos a la Unión Soviética. A fin de cuentas, en el fondo, los rusos siempre me han caído bastante bien… Incluso tengo buenos amigos en Rusia. Y hasta en la KGB. Claro que a veces nos hemos zurrado fuerte, pero así es el espionaje, y nosotros jugamos el juego. Recuerdo que una vez…

—Escuche usted —la apuntó Olno Vierko con un dedo tembloroso de rabia—: o nos aclara este asunto o nosotros lo terminamos de modo… poco agradable. ¿Está claro?

—Sí. Veamos… Hace unas semanas, George…, quiero decir el señor Bush y yo tuvimos una reunión secreta…

—¿Dónde?

—En Camp David —sonrió la espía—. George me dijo que Gorbachov le había comunicado su deseo de una entrevista personal beneficiosa para ambas partes. ¿Qué puede ser esto, Brigitte?, me preguntó George. Esto es tan importante, añadió, que prefiero confiar en su intuición más que en la… sapiencia analítica de mis consejeros habituales.

—Entendido. ¿Qué le dijo usted?

—Le dije cómo veía yo las cosas.

—¿Y cómo las ve?

—Volvamos a lo de los cañones y la mantequilla. La Unión Soviética tiene ahora cañones, pero no tiene mantequilla. Eso significa, como ustedes bien comprenden, que la URSS puede tener muy pronto gravísimos problemas de abastecimiento si los Estados Unidos no alivian la situación. Esto, claro está, lo sabe perfectamente el señor Gorbachov. Entonces, él se puso a pensar. ¿Y a qué conclusión dirían ustedes que llegó?

—¿A cuál? —saltó Minello.

—Pues, Frankie, querido, llegó a la conclusión de que, puesto que tenían cañones, había llegado el momento de tener mantequilla. Y eso es lo que en estos momentos le está pidiendo a George Bush: la mantequilla.

—O sea, que primero Rusia se arma hasta los dientes, y cuando ya está bien armada va a pedir que los demás le resuelvan el problema de la alimentación.

—Sí.

—¡Zambomba, qué cara más dura la del tal Gorbachov!

—Sí, en efecto —rio Brigitte—. Pero no es tonto, y sabe que el que algo quiere algo ha de pagar por ello. Y él ya tiene preparado su pago a Bush, es decir, a Estados Unidos. Es decir, yo creo que es así, y mi consejo a George fue que si Gorbachov no le ofrecía ese pago se negara a continuar cualquier negociación con él.

—¿Qué pago es ese?

—Dejar de construir armamento y reservar el que ya tiene, así como sus tropas, para vigilar de cerca a China. De este modo, el poderío militar soviético está ocupado, Estados Unidos tiene un magnífico apoyo para vigilar a la gigantesca e inquieta China…, y ésta, que estaba madurando ideas de expansión demográfica y cultural, se lo pensará mejor al darse cuenta, muy pronto, de que se halla atrapada en las tenazas que significan Rusia y Estados Unidos. ¿Me he explicado?

El silencio era total.

Por supuesto que Brigitte Montfort se había explicado, y todos la habían entendido, pero nadie conseguía salir de su pasmo, de su fascinación. De pronto, Kilmo Zeraw sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. Olno Vierko soltó un borbotón de palabras en lituano. Ottobermayer fue a por la botella de *whisky* y bebió un largo trago.

—Zambomba —dijo de pronto Frank Minello—… ¡Eso sí es ser listo!

—Y tener visión de futuro, Frankie —le miró Brigitte—. El mundo está cambiando, los sistemas coloniales están no sólo en decadencia, sino en total desprestigio. Todos los países están dejando marchar hacia la independencia a sus colonias, territorios ocupados, dominados o sometidos de cualquier modo… En todo el mundo se está imponiendo la democracia, los sistemas de gobierno

evolucionan, las negociaciones entre países van cambiando… Por eso, con un poco de paciencia, nuestros… invitados, los señores Vierko y Zeraw, no tardarán muchos años en ver a Lituania libre, próspera y sin haber derramado su sangre. Y así las cosas, señores, ¿qué objeto tiene que esta reunión continúe? Y en cuanto a mí, ¿qué objeto tiene que Baby siga en la brecha, si también el espionaje es diferente, es… otra cosa? El juego empieza a jugarse de otra manera, los espías ya no somos necesarios del mismo modo y con los mismos servicios que antes. Por tanto, y aprovechando toda la serie de circunstancias que concurren en estos momentos en mi vida, anuncio mi retirada.

—¿De verdad? —Pegó un brinco Frank Minello—. ¿De verdad vas a ser de aquí en adelante solamente la periodista Brigitte Montfort?

—De verdad, Frankie. Ya es suficiente. Ya, ni soy necesaria en ese plan personal de espía de acción, ni creo que sea lo adecuado. Les digo adiós a los espías sin corazón, esta espía se despide por la eternidad.

Frank Minello daba saltos de alegría, hasta que Ottobermayer le miró furioso y gruñó:

—Siéntese, imbécil.

—¿Imbécil yo? —Cerró los puños el ex boxeador—. ¡Te voy a…!

—Siéntate, Frankie —dijo Brigitte.

—Sí —se sentó Minello.

—Bien —miró Brigitte a los lituanos—… ¿Damos por terminada la conferencia? ¡Ah, ése debe de ser el doctor Pitzer!

Había sonado el timbre. Kilmo Zeraw miró a Ottobermayer y le hizo un gesto. El gigantesco pelirrojo abandonó la sala…, y regresó al poco precediendo a Charles Alan Pitzer, que portaba un clásico maletín de médico.

—Sí es él —dijo Ottobermayer.

—¿Has mirado dentro de su maletín?

Ottobermayer soltó un gruñido, y arrebató el maletín al hombrecillo que, bien claro estaba, no se hallaba ni en edad ni en condiciones físicas de realizar ninguna proeza. Ottobermayer devolvió el maletín a Pitzer, que tras mirar a todos lados con evidente preocupación, se quedó mirando a Brigitte, la cual se hallaba junto a Cavanagh. Pitzer fue hacia ellos, miró la herida, y

movió la cabeza.

Santo cielo, ¿qué esperaba Brigitte que él hiciera con aquella herida? Podía atenderla provisionalmente, eso sí, pero igual que lo había hecho Brigitte; él no iba a hacerlo mejor. No era médico, no podía ofrecer a Cavanagh los cuidados auténticos que éste precisaba.

Entonces… ¿qué quería Brigitte que él hiciera?

—Será mejor que lo llevemos a la cama, ¿verdad, doctor?

—Sí… Claro, sí.

—Yo les ayudaré —dijo Héctor.

—Y yo —se puso en pie Minello.

Por supuesto, Cavanagh no podía sostenerse en pie ni siquiera ayudado, de modo que tuvo que ser trasladado en brazos entre los cuatro a la cama. Al depositarlo en ésta, inclinada junto a Pitzer, Brigitte susurró:

—¿Está la casa rodeada?

—Sí.

—Perfecto. Eso es lo que quería: que pase lo que pase aquí dentro esa gente no pueda escapar…

—¿Qué cuchichean? —Graznó Ottobermayer, desde la puerta—. ¡Hablen en voz alta!

—Le estaba diciendo al doctor que siento haberlo metido en esto —dijo Brigitte, mirando amablemente a Ottobermayer—, pero que no debe temer nada, puesto que la situación ya está arreglada.

—¿Usted cree? —Alzó las cejas Ottobermayer.

—¿No?

—No sé. Yo no estaría tan seguro. Escuche, cuando usted habla incluso los ángeles deberían permanecer callados, de acuerdo, es capaz de hechizar a cualquiera. Pero me parece que no todo el mundo vemos las cosas de modo tan… tan…

—¿Razonable? —sugirió Brigitte.

—Yo diría ingenuo —sonrió de modo escalofriante el mercenario—. Lo cual me hace desconfiar de usted, que lógicamente no puede tener nada de ingenua.

—¿Le importa que sigamos la conversación en otro momento? Ahora quisiera ayudar al doctor Pitzer.

Ottobermayer asintió, y se quedó en el umbral, apoyándose con un hombro en el marco. Detrás de él, desconfiados, estaban

Roenbeck y Kimiun. Marlene se había quedado en la sala con Kilmo Zeraw y Olno Vierko.

Pitzer sacó del maletín el material que contenía, y lo extendió a los pies de la cama, cerca de la pierna herida de Cavanagh.

Miró a Brigitte, que captó perfectamente la pregunta, y dijo:

—Ya sé que hace tiempo que usted no trata esta clase de heridas, doctor, pero no me habrían permitido recurrir a nadie más. Yo le ayudaré en lo que pueda.

—Sí, comprendo… Bien… —De pronto Pitzer bajó la voz—. Él está afuera: atacará antes de veinte minutos.

—Si vuelvo a oírles cuchichear —dijo Ottobermayer— lo van a lamentar.

—Oiga usted —le miró Brigitte—, si le interesa escuchar lo que hablamos, venga aquí, pero no nos haga gritar. No estamos acostumbrados, ¿sabe?

—Están advertidos —sentenció Ottobermayer.

Brigitte miró la hora en su relojito de pulsera. Veinte minutos. Si Número Uno atacaba, allí dentro se iba a organizar una auténtica masacre, pues ella sabía que cuando el tigre soltaba su zarpazo rodaban las cabezas. Es decir, que ella disponía solamente de veinte minutos para arreglar de un modo definitivo la situación y evitar así que Uno pusiera en marcha sus planes.

Durante diez minutos, entre Brigitte y Pitzer efectuaron una cura casi profesional, aprovechando el instrumental y los medicamentos que la CIA había colocado en el maletín que le habían entregado a Pitzer. Lo que más había temido Brigitte, la infección, quedó solventado por medio de un par de inyectables. Cavanagh, simplemente, se había quedado dormido.

—Bien —dijo Brigitte—, salgamos de aquí todos y…

—No —dijo Ottobermayer, sonriendo pérfidamente—. Salga usted sola, y vaya a hablar con los lituanos. Sus hijos y sus amigos se quedan aquí… con nosotros.

Diciendo esto, Ottobermayer entró en el dormitorio de Cavanagh, seguido de sus compinches Kimiun y Roenbeck, y todos apuntaron con sus armas hacia la cama, junto a la cual se hallaban los hijos de Brigitte, Frank Minello y Pitzer. Bridget hizo un gesto apenas perceptible, pero que Brigitte captó, con no poco sobresalto: ni más ni menos que su hija se disponía a atacar a aquella bestia

enorme…

—Tranquilos todos —se apresuró a decir, interfiriendo además en el camino de la joven Bridget—. Yo arreglaré esto con ellos. Mientras tanto quiero pediros, por favor, que permanezcáis aquí sin hacer nada que pueda complicar más la situación. ¿Cuento con ello?

Nadie contestó.

Brigitte sonrió a su hija, que la miró enfadada, y salió de la habitación, sintiendo una profunda y extraña alegría por aquel simple gesto de su hija al disponerse a atacar a la bestia pelirroja. Y por supuesto Héctor no se habría quedado atrás…

Apareció en la sala, y los dos lituanos se quedaron mirándola. Cerca del mueble-bar, la rubia Marlene se estaba sirviendo uno de esos jarabes empalagosos que al parecer se hacen con frutas del Caribe.

—Creí que ya habíamos llegado a un entendimiento amistoso —dijo Brigitte.

—No del todo —movió la cabeza Olno Vierko—. Nosotros hemos estado conversando, y hemos llegado a la conclusión de que no queremos aceptar esa larga espera que usted vaticina.

—Nosotros queremos que usted vaya a Camp David —susurró Kilmo Zeraw— y que cumpla nuestro plan inicial.

—O sea, que mate a Gorbachov y a Bush.

—Sí. Y no hay más que hablar. Si usted no acepta, la vamos a matar…, después de haber matado ante sus ojos a sus amigos y a sus hijos, claro está.

—¿Han pensado en las consecuencias que puede tener este doble asesinato?

—Sí. Estados Unidos y la Unión Soviética se enzarzarán en una guerra tan brutal que se olvidarán de Lituania y…

—Están insultando mi inteligencia con las cosas que dicen —cortó fríamente la espía más peligrosa del mundo—. Déjense de farsa conmigo, ¿quieren?

—¿De qué está hablando? —jadeó Kilmo Zeraw.

—Voy a ir a Camp David —Brigitte señaló con un dedo a los lituanos—, y voy a volver. Se pueden quedar con sus mentiras asquerosas y sus jugadas sucias, pero escuchen esto: si cuando yo vuelva de Camp David después de haber hecho ese «trabajo» para ustedes, mis amigos y mis hijos no quedan en libertad sanos y

salvos, tendrán que atenerse a las consecuencias.

—Muy bien. Pero… ¿cómo sabremos que usted habrá matado a esos dos?

—¿No lo tienen previsto? —Les miró gélidamente la espía—. ¿No tienen en Camp David o muy cerca de allí alguien que les pasará la noticia en cuanto se produzca?

—Pensamos que quizás usted tendría otra idea mejor —sonrió Kilmo Zeraw.

—Tengan cuidado con lo que hacen —insistió Brigitte.

Recogió su maletín rojo con florecillas azules estampadas, abandonó la salita, y acto seguido salió de la casa.

Se metió en el coche que había utilizado para llegar allí horas antes, y partió. Detuvo el coche quinientos metros lejos de la casa, y del maletín sacó la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos. Con el pequeño punzón cambió la disposición de las placas, y acto seguido apretó el botón de llamada.

—Dime —oyó la voz de Número Uno.

—¿Dónde estás?

—En la camioneta, esperándote. ¿O quieres que vaya yo?

—No, ya voy yo… ¿La camioneta de Teléfonos?

—Claro.

—Claro —sonrió la espía.

Cerró la radio y emprendió el regreso hacia donde al llegar había visto aquella camioneta. Claro. ¿Cuál otra podría ser? Ella no le había prestado demasiada atención al llegar, pero Número Uno, que llegaba sabiendo que la situación estaba comprometida, sí había concedido importancia a todo el entorno, y sin duda de modo especial a aquella camioneta cuyos cristales especiales no permitían ver su interior… Claro.

Detuvo el coche a una docena de metros de la parte de atrás de la camioneta, se apeó, y fue hacia ésta. Las puertas de atrás se abrieron, dejando visible a Número Uno. Brigitte Montfort sintió como si su corazón recibiera una dosis extra de aire fresco. Llegó a la camioneta, subió, y él cerró las puertas.

Se abrazaron en silencio y se besaron.

Dentro de la camioneta hacía mucho calor, era como si se hubiera convertido en una cámara donde el aire se espesaba y ardía. Brigitte separó su boca de la de Uno, y suspiró:

—¿Te acuerdas de la bruja Mabanga?[1]

—Por supuesto.

—Ella me predijo que yo tendría cuatro hijos gemelos… Digamos que acertó a medias. Quiero decir que…

—Brigitte, ya estoy al corriente de todo. —Número Uno hizo un gesto hacia la instalación de escucha—… Había tres hombres aquí que en menos de veinticuatro horas se enteraron de los más íntimos detalles de tu vida.

—¿Y dónde están ahora?

—El primero en el maletero de un coche, dos aquí mismo. —La apartó suavemente y señaló el bulto que había hacia la parte delantera, cubierto con una manta de viaje—… Esto empezará pronto a oler muy mal.

—Uno —Brigitte cogió las manos de él—, tengo dos hijos. Aunque ya sé que de eso estás enterado, tengo que explicarte cómo ocurrió. Ya sé que hay cosas de mi vida que no te he explicado, y quisiera…

—No tienes que explicarme ahora lo que no quisiste explicarme en otros momentos.

—¿Estás enfadado?

—Sí. Pero no porque tengas dos hijos, que de eso me alegro, sino porque todavía quedaran cosas de tu vida que yo ignoraba. Es algo que no entiendo.

—¿Te alegras de que tenga dos hijos?

—Desde luego. Cabe suponer que eso influirá de alguna manera en que decidas abandonar de una vez por todas el espionaje. Además, francamente, me estoy muriendo de curiosidad por ver cómo son unos hijos tuyos.

Brigitte se quedó mirando intensamente los ojos de Número Uno, pasando de uno a otro.

De pronto sonrió luminosamente.

—No es verdad en absoluto que estés enfadado —dijo—… ¡Claro que no estás verdaderamente enfadado conmigo!

—Claro que no. —Uno volvió a abrazarla y a besarla en los labios—. Sabes muy bien que no hay en el mundo NADA que pueda indisponerme de ninguna manera contra ti, y todavía menos que pudiera impedirme amarte. En cualquier caso, debiste decirme que habías tenido dos hijos.

—¿Sabes lo que creo que ocurrió? —Susurró Brigitte—. Creo… que bloqueé mi mente. Me han ocurrido muchas cosas dolorosas en la vida, y siempre he tenido esa capacidad de olvidarlas, algo así como… archivar los malos recuerdos en una zona de mi mente que quedaba aislada y cerrada herméticamente. Sólo con fuertes traumas esos recuerdos podían… salir de su encierro y ponerse de nuevo en circulación en mi memoria consciente. No sé si me he explicado bien.

—Había cosas que deseabas que no hubieran sucedido, y entonces te protegías olvidándolas. Pero ya ves: no es posible olvidar la vida. ¿Cómo son tus hijos?

—¡Son tan hermosos…! Pero no quiero decir hermosos de aspecto, sino hermosos de corazón.

—¿Y de aspecto no?

—¡También! —Rió Brigitte—. ¡Bridget es igual que yo!

—Entonces vamos a tener problemas.

—¿Problemas? ¿Qué quieres decir? ¿Que vas a enamorarte de ella porque es más joven que yo y…?

—Yo no. Yo te tengo a ti, tengo el original, tengo lo mejor. Pero el bueno de Frankie quizá pretenda… tener una copia.

—¡Cielos, claro que no! —Se escandalizó Brigitte—. ¡Qué cosas se te ocurren!

—Cambiemos de tema, entonces. —Uno señaló hacia la cristalera—. Dentro de poco menos de una hora será de noche, y debemos…

—Uno: ¿no quieres saber cómo era él, no quieres saber cómo era Héctor Diosdado?

—Ya lo sé.

—¡Cómo que ya lo sabes…!

—Brigitte, mi amor, si tú lo amaste quiere decir que él lo merecía, y con eso ya sé cómo era el padre de tus hijos. Cualquier hombre que tú ames sólo puede pertenecer a la gran categoría de los humanos selectos.

—Déjame que te diga de él aunque sólo sea a qué dedicó su vida: a pensar, pintar y escribir. Yo le pregunté en qué pensaba, qué pintaba y qué escribía, y él me dijo… me dijo: «Pienso en la hermosura de la vida, pinto bellas visiones interiores, escribo sobre sentimientos de seres humanos que están dejando de serlo»… ¡Oh,

Dios mío, claro que lo amé!

—Tiene que ser imposible no amar a una persona así. Y tengo la certeza de que tus hijos son dignos de él y de ti. Pero ahora no podemos seguir hablando de eso… si queremos seguir teniendo a tus hijos, a Cavanagh, a Pitzer y al querido Frankie. Tienes que hacerme un plano de la casa de Cavanagh.

—Tú también lo has pensado, ¿verdad?: has pensado que esa gente tiene intención de matarlos a todos, marcharse de la casa de Cavanagh, y esperar en otro lugar, ya a salvo, las noticias sobre mi acción en Camp David.

—Claro que lo he pensado. ¿Qué tal son esos lituanos?

—Unos criminales.

—¿Unos criminales? Por lo que he oído en esta camioneta sólo son unos patriotas que…

—No. Ellos y tres más forman parte de un grupo lituano que está en complicidad con unos cuantos rusos que desde hace tiempo se están enriqueciendo personalmente explotando la gente y los recursos de Lituania. En ocasiones, Kilmo Zeraw, Olno Vierko y sus cómplices lituanos, presionados por ese grupo de rusos, han cometido auténticos crímenes masivos en Lituania que han quedado en el secreto…, o casi en el secreto, ya que cuando últimamente se comenzó a exigir la libertad de Lituania, un grupo de ciudadanos honestos de este país que conocían las actividades secretas de Zeraw, Vierko y sus tres cómplices, fueron a por ellos. Los cinco consiguieron escapar. Fue entonces cuando, viendo que las cosas se ponían feas, los rusos cómplices de estos cinco lituanos quisieron eliminarlos, para que no los delataran si los atrapaban vivos. Le propusieron el asunto al servicio secreto británico por medio de un agente doble. John Pearson, nuestro amigo Fantasma, se olió algo feo, me llamó, y me consultó. Le dije que no aceptara y que esperase noticias mías cuando fuese el momento. Hace más de tres meses de esto…, y el momento ha llegado.

—¿Qué vas a decirle a Fantasma?

—Primero conseguiré que Kilmo Zeraw y Olno Vierko me digan dónde están escondidos sus tres cómplices lituanos; cuando tenga esta información se la pasaré a John, para que a su vez él la pase a la KGB. La KGB cazará a esos tres lituanos, y les obligará aunque sea sometiéndolos a tortura, a decirles los nombres de los rusos

implicados en este sucio asunto. Cabe suponer que la KGB los atrapará y los castigará como juzgue conveniente, y que hará lo mismo con los tres amigos de Vierko y Zeraw. Porque resulta que los lituanos Kilmo Zeraw y Olno Vierko, que no se enteraron de que sus compinches rusos los habían delatado, han venido aquí dispuestos a provocar tal enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética que ambas potencias se hagan trizas una a la otra…, con lo que Lituania no cambiaría de situación, seguiría bajo el poderío soviético, y los amigos de los lituanos, y éstos, seguirían rapiñando en Lituania toda la riqueza que pudieran, para sus bolsillos particulares, claro está. Es decir, que ese grupo de rusos y ese grupo de lituanos son pura escoria criminal de la humanidad, así que… vamos a barrerla del mundo de los vivos. Y lo vamos a hacer nosotros, los espías…, aunque digan que no tenemos corazón.

—Vaya jugada… Eres implacable, mi amor.

—El que la hace, la paga.

—Pues hay quien dice que no debemos ser rencorosos ni vengativos.

—Yo creo que sí hemos de serlo. Es decir, no rencorosos ni vengativos, pero sí severos. En toda mi vida de lucha he comprobado una cosa: los malos no entienden más argumento que la fuerza, no lograrás hacerles entender nada como no sea a golpes o a tiros; si no les rompes la cabeza nunca entenderán el daño que ellos están haciendo rompiéndoles la cabeza a la sufrida humanidad. Así pues, cuando uno de esos malos te hace daño, tú tienes que hacerle todavía más daño, y decirle «¿Verdad que duele? Pues mira, eso es lo que estás haciendo tú con la Humanidad, de modo que, o dejas de hacerlo, o también te lo voy a hacer a ti»… Esto, si se está a tiempo de tener todavía algunas consideraciones. Si no, simplemente se corta la cabeza de la víbora, y con eso se acabó el veneno.

—Nada que objetar. Dibújame ese plano.

Se sentaron los dos, y tras colocar Brigitte una hoja de papel sobre su maletín, dibujó rápidamente un plano de la casa de míster Cavanagh, con indicación especial de las puertas, ventanas, y puntos de luz.

Tras examinar el plano, Número Uno hizo un gesto de conformidad y señaló una zona del tejado.

—Es decir, que la salida al tejado se halla en la parte de éste más próxima al jardín de atrás.

—Sí.

—Espléndido.

—Los dejé a todos en esta habitación —señaló Brigitte el dibujo —… Ya intenté al principio llevarme allá a míster Cavanagh, para que mis hijos se quedaran con él y aislados de esa gente, pero no los convencí. Como sea, ahora están aquí.

—De acuerdo. No creo que tengamos excesivas dificultades. De todos modos, me imagino que la CIA anda por aquí.

—Hay treinta Simones, quizá más en estos momentos, rodeando la zona.

—Qué barbaridad.

—Veinte de ellos vinieron por propia voluntad. Uno: ¿qué vamos a hacer con el resto de nuestras vidas?

—¿No se te ocurre nada?

—¡Al contrario! —Exclamó Brigitte—. ¡Precisamente se me ocurren tantas cosas que temo que no sabré por cuál decidirme!

—Sí sabrás —aseguró Número Uno—: tú siempre has sabido tomar decisiones. Pero, mi amor, sigamos con esto. Quedamos en que…

* * *

El sonido del timbre de la puerta sobresaltó a los dos lituanos y a Ottobermayer, que se hallaban en la sala terminando de planear la jugada. Cambiaron miradas de alarma, pero Ottobermayer se puso en pie rápidamente, mascullando:

—No nos pongamos nerviosos antes de hora.

—Si Brigitte Montfort ha recurrido a la CIA.

—¿Con sus hijos y sus mejores amigos en nuestro poder? Claro que no. Voy a ver qué pasa.

Ottobermayer se dirigió hacia la puerta. Sabía que, en lo que hacía referencia a la agente Baby, tenían las espaldas bien guardadas, pues ella no pondría estúpidamente en peligro la vida de sus hijos.

Por las dos ventanas de la fachada de la casa se divisaba la oscuridad de la noche y manchas de luz dispersas por la

urbanización. Ottobermayer apartó el medallón que ocultaba la mirilla gran angular, y miró quién o quiénes había ante la puerta.

Se quedó inmóvil debido al asombro. Acto seguido, impulsivamente, abrió la puerta, y se quedó mirando entre desconcertado y encolerizado a Brigitte Montfort.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¡Usted ya debería estar muy lejos de aquí, camino de Camp David!

—Olvidé una cosa que puedo conseguir aquí, en esta casa.

—¿Qué cosa?

Brigitte Montfort frunció el ceño, puso una mano de apariencia delicada en el monstruoso tórax del mercenario, y empujó suavemente. Ottobermayer se apartó, y ella entró y se dirigió con toda decisión hacia la sala. Ottobermayer cerró la puerta, y fue tras ella.

Cuando Brigitte apareció en la sala, Kilmo Zeraw y Olno Vierko ya estaban mirando hacia la puerta, con hosca expresión. Indudablemente, habían oído su voz.

La mirada de los lituanos era hostil y desconfiada.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —Gruñó Zeraw.

Ottobermayer agarró a Brigitte por un brazo, y la hizo girar hacia él, mascullando:

—Si cree que puede…

Brigitte Baby Montfort subió, flexionada y con toda su fuerza, la pierna derecha, colocando un espantoso rodillazo en los genitales de Ottobermayer. Éste emitió un sonido que pareció un gruñido de gorila, soltó a la espía, retrocedió un paso encogiéndose, y al mismo tiempo sus verdes ojos se clavaron, llenos de lágrimas, en Brigitte.

Los delgados labios del mercenario se movieron de aquel modo que parecían talmente pequeñas víboras deslizándose una sobre otra:

—Hija de p… —jadeó.

Brigitte Montfort adelantó un paso hacia él, y con el puño derecho descargó un golpe de karate en la sien del pelirrojo. El rostro de Ottobermayer se desencajó, sus ojos giraron, la luz de la vida se apagó en ellos.

El gigante se desplomó muerto ante la estupefacta y, sobre todo, aterrada mirada de los lituanos. Cuando éstos volvieron a mirar a Brigitte, la espía les estaba apuntando con su pistola de cachas de

madreperla. Todavía estaba resonando el impacto de la mole de Ottobermayer al chocar contra el suelo.

—Quédense quietos —susurró Brigitte.

No hacía falta la orden. Kilmo Zeraw y Olno Vierko estaban paralizados.

Desde la parte de los dormitorios, llegó la voz de Marlene:

—¿Qué pasa? —Se oyeron sus pasos precipitados, y casi enseguida apareció en la puerta de la sala—. ¿Qué ha sido ese…?

Captó la escena con una sola mirada: los lituanos sentados y quietos como muñecos, Ottobermayer caído en el suelo como un monstruo desinflado, la señorita Montfort con una pistola en la mano y mirándola con un regocijo perverso.

—Tú —ordenó la divina espía—, entra y siéntate junto a esos dos.

Marlene parpadeó, hizo un gesto como de resignación, y de repente saltó hacia un lado y metió la mano derecha bajo su falda, sacando velozmente la pistola que portaba en una funda especial en el muslo…

Plof, disparó la espía más peligrosa del mundo.

La bala se alojó en el cerebro de Marlene, que bizqueó, giró, se dio de cara contra la pared, y rebotó, quedando muy cerca de Ottobermayer, abiertos los brazos en cruz, perdida su mirada aterrada en visiones del infierno.

—¡Marlene! —Se oyó la voz de Roenbeck—. ¿Qué pasa?

Brigitte miró a los lituanos, y se llevó el dedo índice de la mano izquierda a los labios, en clara orden de silencio.

* * *

En la puerta de la habitación, Roenbeck se volvió a mirar a Kimiun, que permanecía dentro.

—Algo extraño está ocurriendo —dijo Roenbeck—, y voy a ver de qué se trata. Vigila bien a éstos.

Salió del dormitorio, alejándose por el pasillo. Dentro de la habitación, Kimiun miró amenazadoramente a Frank Minello, Pitzer, Bridget y Héctor, haciendo gestos con la pistola.

—Al primero que se mueva lo dejo seco —advirtió; y de pronto sonrió muy divertido, mirando a Bridget—… Menos a ti, preciosa. A

ti te vamos a reservar para Roenbeck y para mí, ¿no lo sabías?

—Saberlo, no —dijo simpáticamente Bridget—, pero algo empezaba a sospechar, viendo cómo me miraban ustedes. También sospecho que tienen intenciones de matarnos a todos… aunque a mí me maten después de… disfrutarme. ¿Lo he dicho bien?

—Eres muy lista. Como tu madre, ¿eh?

—¡Ojalá! —Suspiró Bridget—. ¡Para ir por la vida ya me conformaría con eso, con ser como mi madre!

—¿Sí? Pues ella es mucho menos lista de lo que crees, ya que la han engañado como… ¿De qué te ríes tú? —apuntó Kimiun de pronto a Minello.

—De las imbecilidades que oigo —replicó Frankie—. El día en que gentecilla como vosotros pueda engañar a Brigitte, se terminará el mundo.

—Pues debe de estar a punto de terminar, porque…

Kimiun volvió de pronto la cabeza hacia la puerta, y el más puro asombro apareció en su rostro al ver en el umbral a Número Uno apuntándole con la pistola provista de silenciador; al asombro sucedió, en un instante, el espanto, nada más ver los negros ojos fijos en él.

Plop, disparó Número Uno, metiendo la bala en el corazón de Kimiun. Éste brincó en la butaca, desorbitó los ojos, y enseguida se relajó, dejando caer la pistola. Número Uno miró a los prisioneros, y les recomendó quietud y silencio con un gesto. Se acercó, recogió la pistola de Kimiun, y la tiró a las manos de Minello, que la agarró al vuelo. Pitzer se dejó caer en la otra butaca. Desde la cama, míster Cavanagh contemplaba impávido a Número Uno, como quien sabe que el sol sale cada día y lo que puede esperarse de él; Héctor y Bridget miraban fascinados al hombre que su madre amaba, y que ellos ya conocían perfectamente tras dos años de haber tenido a su madre sometida a vigilancia de amor…

Todavía transcurrieron unos segundos de total silencio. Extraño, insólito silencio.

De repente, se oyó un grito, y luego la voz de Roenbeck:

—¡Kimiun, ella ha vuelto, Brigitte Montfort está aquí, y ha matado a Ottobermayer…! ¡Vigila bien a ésos! ¡Y usted, señorita Montfort, óigame bien…! ¡Si no deja caer esa pistola y se entrega, mi compañero va a matar ahora mismo a sus hijos…! ¡Deje caer la

pistola!

Unos segundos de silencio.

Luego, las rápidas pisadas de Roenbeck en el pasillo. El asesino profesional apareció en el dormitorio como disparado, desencajado el rostro por el miedo y la rabia.

—¡Matemos a todos éstos ya que ella no…!

Plop, disparó Número Uno.

Roenbeck salió de la habitación empujado por el balazo que le partió el cráneo y destrozó su cerebro. Chocó de espaldas en la pared, y acto seguido, como adherido a ésta, se deslizó hasta el suelo. Número Uno les hizo a todos un gesto para que permanecieran en la habitación, y salió de ésta, para ir directa y tranquilamente a la sala.

Cuando lo vieron aparecer, Kilmo Zeraw y Olno Vierko palidecieron todavía más.

—Les presento a Número Uno —dijo Brigitte—. Tenemos la esperanza de convencerlos entre ambos para que nos digan dónde se hallan escondidos sus tres amigos del grupo lituano vendido al grupo ruso explotador. Ustedes ya me entienden. ¿Dónde están escondidos?

—Bueno —se pasó Vierko la lengua por los labios—, si hemos de hacer un trato…

Número Uno se acercó a él, lo asió por la ropa del cuello, y lo puso en pie de un tirón; como si fuese un muñeco lo llevó hacia la pared, contra la cual lo estrelló de cara. La nariz de Vierko reventó. Al siguiente golpe saltaron varios dientes y los labios quedaron convertidos en pulpa. Al tercer golpe… Al tercer golpe, simplemente, Vierko se derrumbó como muerto a los pies de Número Uno, que se volvió, con escalofriante indiferencia, hacia Zeraw.

—No —jadeó éste—… No, no… ¡Yo les diré dónde están ellos, se lo diré!

—Me encanta la gente razonable —le sonrió encantadoramente la señorita Montfort—. Encárgate de esto, mi amor. ¿Todo está bien?

—Sí.

Brigitte abandonó la sala.

Cuando apareció en el dormitorio, Frank Minello lanzó una

exclamación, tiró la pistola, y corrió a abrazarla. Brigitte Montfort le dejó hacer, mientras miraba a sus hijos, a Pitzer y míster Cavanagh con expresión resignada.

—¡Zambomba, ya lo sabía! —Vociferó Minello, soltándola por fin—. ¡Sabía que lo conseguirías, como siempre!

—Sí —murmuró Cavanagh, en la cama—: como siempre.

Brigitte Montfort se acercó a sus hijos, y los abrazó.

—Tío Charlie —miró a Pitzer—, sería conveniente que llamara a algunos Simones, para que vengan a hacerse cargo de la situación. Bastarán cinco o seis. Los demás, que vuelvan a sus puestos…, con el eterno agradecimiento de Baby.

* * *

Hacia las once de la noche, todo estaba bajo control.

La CIA se había hecho cargo de la falsa camioneta de Teléfonos (de la cual Número Uno había retirado todas las cintas grabadas para disponer de ellas más adelante), del coche donde Uno había dejado un muerto, de todos los cadáveres en la casa de míster Cavanagh, y, por supuesto, éste había sido atendido finalmente por un médico que la CIA proporcionó con urgencia.

En el mismo coche en que, dentro del maletero, había un muerto, fueron introducidos Kilmo Zeraw y Olno Vierko, en el asiento de atrás. Al volante esperaba un veterano agente de la CIA, junto al cual se sentó de pronto la agente Baby, volviéndose a mirar a los lituanos. Éstos vieron los grandes ojos de la espía americana fijos en ellos, y, de pronto, sintieron un espantoso frío interior.

Habían comprendido.

Porque, en efecto, Baby hizo asomar su pistola por encima del asiento, y dijo:

—Ustedes me preguntaron qué podía yo hacer por Lituania. Puedo hacer por Lituania lo mismo que he hecho por tantos lugares del mundo, por tantas personas del mundo. Esto es lo que puedo hacer por Lituania.

Fríamente, implacablemente, certeramente, disparó dos veces. Luego miró al veterano e inmutable agente de la CIA, y dijo:

—Haga desaparecer esta basura.

—Usted manda.

Nunca es final

La espía se apeó, y regresó a la casa, donde todos se hallaban reunidos en la sala, ya retirados de ésta los cadáveres de Ottobermayer y Marlene; también los cadáveres de Roenbeck y Kimiun habían sido recogidos…, pero míster Cavanagh, que se hallaba instalado en una camilla depositada en la sala, tenía sus propias manías.

—Jamás volveré a esta casa —mascullaba—… Haré lo que siempre he deseado realmente: vivir en un pequeño *bungalow* en una playa.

—Es una buena idea —aseguró Brigitte—. Bien, muchachos, ya pueden llevárselo a nuestra clínica.

—¿Y ustedes? —Exclamó Cavanagh—. ¿Qué van a hacer ustedes?

—Vamos a ir a casa, a mi apartamento —dijo Brigitte—, y allá tomaremos unas copas de champán con guindas para celebrar… ¡tantas cosas!

—¡Pero yo no podré estar presente…!

—Algún castigo ha de tener por lo que hizo —sonrió la divina.

—¡Eso es muy cruel!

—Sí que lo es —rio Bridget—, pero no se preocupe demasiado: tendrá mucho tiempo para tomar champán con guinda en compañía de la agente Baby.

—De eso nada —rectificó Héctor—: a partir de ahora será solamente la señorita Montfort.

—¿De veras? —Saltó Minello—. ¿De veras, Brigitte?

—Me parece que sí, Frankie.

—¡Zambomba! —Aulló el periodista deportivo—. ¡Ya era hora! ¡Por fin podré dormir tranquilo! ¡Esto sí que merece celebrarse…!

—Ya he dicho —murmuró Brigitte Montfort, abrazándose a Número Uno— que tenemos muchas cosas que celebrar…

Lo último que vio la señorita Montfort antes de cerrar los ojos cuando Número Uno la besó fue la imagen de sus hijos, contemplándola sonrientes, mientras una vez más sentía todo el amor de aquel hombre que la abrazaba, Brigitte Baby Montfort tuvo la certeza de que, en efecto, ella siempre había sabido qué hacer con su vida, convirtiéndola en amor y servicio a sus semejantes.

Tal vez por eso, la vida la había premiado.

Para toda la eternidad.

(POR FAVOR, RUEGO QUE NO SE PONGA LA PALABRA «FIN» EN ESTA NOVELA. A CONTINUACIÓN DE LA ULTIMA FRASE PONGAN MI DESPEDIDA AL LECTOR, CON LETRA CURSIVA O CUALQUIER OTRA DIFERENTE A LA DEL TEXTO NORMAL. MUCHAS GRACIAS).

Estimado lector:

Gracias a la buena disposición y, en muchas ocasiones, al tremendo esfuerzo profesional de la Editora Monterrey de Rio de Janeiro, usted y yo hemos podido disfrutar con las aventuras de mi amada Brigitte, esta inimitable espía que jamás olvidaremos, que siempre supo despertar los mejores sentimientos de la gente de bien.

La divina espía de los ojos azules, Baby, mi más entrañable personaje, se retira ahora a descansar y a gozar de la vida y del amor sin el sobresalto continuo de la profesión más peligrosa del mundo. Ella ha sido siempre generosa con su vida dedicada a los demás, y tiene derecho a este descanso rodeada de paz y amor.

Pero nunca es adiós. Esta espía nuestra siempre estará en nuestros corazones y en nuestros más emocionantes recuerdos. Usted y yo, lector amigo de Brigitte, sabemos que ella es, que ella fue desde el mismo instante en que nació, una espía para la eternidad.

Así pues, hasta siempre, con todo el afecto y el agradecimiento de

LOU CARRIGAN

Notas

[1] La negra Mabanga es uno de los extraordinarios personajes amigos de Brigitte, que apareció por primera vez en la aventura titulada *Voodoo* <<